

MI ESCUELA Y EL MUNDO

solidaridad, educación en valores y ciudadanía



Un libro de ISCOD y FETE-UGT



MI ESCUELA Y EL MUNDO

solidaridad, educación en valores y ciudadanía

Un libro de ISCOD y FETE-UGT

UGT: Unión General de Trabajadores y Trabajadoras es una organización sindical española que cuenta con una historia de más de cien años. Su objetivo es la defensa de los derechos de los trabajadores y trabajadoras desde una postura progresista y equitativa.

FETE: es la **Federación de los Trabajadores y Trabajadoras de la Enseñanza de UGT**. Defiende una educación pública y laica, basada en los principios de igualdad, solidaridad y libertad, al servicio de la sociedad.

ISCOD: Instituto Sindical de Cooperación al Desarrollo de UGT es una organización no gubernamental (ONG) para la cooperación sindical con países en vías de desarrollo. Tiene como objetivos cooperar en el progreso económico, social, técnico y cultural de los sectores sociales más desfavorecidos, desarrollar y reforzar la solidaridad con las organizaciones sindicales de los países en desarrollo y contribuir a la consolidación del movimiento sindical libre y democrático.

IE: La Internacional de la Educación es una organización sindical mundial de trabajadores y trabajadoras de la educación que representa a unos 29 millones de miembros de todos los sectores de la educación, a través de 343 sindicatos y asociaciones nacionales en 165 países y territorios de la que es miembro FETE-UGT.

AECI. La Agencia Española de Cooperación Internacional es un organismo autónomo adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, a través de la Secretaría de Estado de Cooperación Internacional (SECI). Tiene como objetivos propiciar el crecimiento económico; contribuir al progreso social, cultural, institucional y político de los países en vías de desarrollo; fomentar la cooperación cultural y científica con éstos; asegurar la concertación con las políticas de desarrollo, especialmente en el ámbito de la Unión Europea.

Coordinación: ISCOD-UGT. Ana Torres Muñiz
FETE-UGT. Carmen Vieites Conde
www.miescuelayelmundo.org

© Autoras: FETE-UGT
Luz Martínez Ten
Martina Tuts-Sterckx

© Diseño e ilustraciones: Mauricio Maggiorini Tecco

© Los Libros de la Catarata, 2005
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel. 91 532 05 04
Fax 91 532 43 34
www.catarata.org

ISBN: 84-8319-226-8
Depósito legal: M-22.049-2005

Este material ha sido editado para ser distribuido. La intención del editor es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

La impresión de este libro se ha realizado sobre papel fabricado con fibra virgen procedente de bosques gestionados de forma responsable y respetuosa con el medio ambiente, según certifica el Forest Stewardship Council (FSC).

Índice

Presentación	5
Antes de empezar la historia de <i>Mi escuela y el mundo</i> , nos vamos a presentar	7
Introducción. Ocurrió el verano pasado	11
Capítulo 1. Empieza la aventura	21
Un continente llamado África: Yo no soy racista	
Capítulo 2. Destino: América	43
Un continente llamado América: Yo también coopero	
Capítulo 3. Y la Tierra rugió	68
Un continente llamado Asia: Cuido del medio ambiente	
Capítulo 4. Y de repente... ¡el mar!	90
Un continente llamado Oceanía: No quiero guerras	
Capítulo 5. Y llegó la hora de regresar	114
Un continente llamado Europa: Todas y todos hacemos el mundo	

Presentación

¡Hola! Somos Maite Nuñez Gascón y Carlos López Cortiña y vamos a contaros la historia de la maestra Laura y el señor Mundo que emprendieron un largo viaje lleno de aventuras por los cinco continentes. A su regreso han escrito este libro para contarnos lo que les fue sucediendo y enseñarnos mucho de lo que aprendieron pero, sobre todo, para recordarnos que es necesario que todos y todas colaboremos para que la Tierra sea un lugar de paz, justicia, igualdad y solidaridad.

Después de su regreso, la maestra Laura nos contó que lo que más le ha alegrado ha sido descubrir que en todos los rincones de la Tierra hay escuelas. Hay escuelas en las grandes ciudades, en las pequeñas aldeas o en sitios a los que es muy difícil llegar como las altas montañas, la selva o el desierto. En estas escuelas, los maestros y las maestras trabajan por que todos los niños y niñas aprendan cosas que realmente merecen la pena: la igualdad, la paz, la cooperación, la convivencia o el respeto a la naturaleza.

Son escuelas que miran hacia el mañana con esperanza. Son escuelas que saben que la educación nos permite crecer conociendo y defendiendo nuestros derechos. Son escuelas en las que se aprende a participar y a convivir compartiendo y respetando las diferencias. Son escuelas donde la solidaridad hace que el mundo sea más justo. Son escuelas en las que los ciudadanos y ciudadanas de este pequeño planeta nos formamos.

Desde ISCOD y FETE-UGT trabajamos cooperando con las maestras y los maestros porque sabemos que éste es el camino para lograr el mundo que queremos. Como les ocurre a la maestra Laura y al

señor Mundo, no siempre nos es fácil. A veces nos encontramos con muchas dificultades y con alguna sombra que nos persigue, pero tenemos el convencimiento de que es necesario defender lo que creemos, que seguiremos adelante. Y lo que es más importante: contamos con vuestra ilusión y participación. Porque la solidaridad no es cosa sólo de las personas mayores. La solidaridad es algo que debemos tejer entre todos y todas, en todas las edades, en cada lugar y en cada momento del día. La solidaridad es lo que hace posible creer que el mundo puede ser un lugar mejor.

Y ahora os dejamos con las aventuras de la maestra Laura y el señor Mundo.

Un fuerte abrazo

Maite Nuñez Gascón
Directora de ISCOD-UGT

Carlos López Cortiña
Secretario General de FETE-UGT

Antes de empezar la historia de 'Mi escuela y el mundo', nos vamos a presentar...



Yo soy Laura. Soy maestra de una escuela que tiene muchos años. Me gusta enseñar y aprender de los niños y las niñas que vienen al colegio. A principio de cada año, cuando comienza el curso, siento cómo me late el corazón de la emoción que me entra. Me gusta recogerme el pelo en una coleta y llevar pantalones. Ahhh... y me da un poco de miedo la oscuridad. Me encanta recibir cartas de los niños y las niñas de todos los países. Soy un poco tímida y siempre he vivido en este pueblo. Este ha sido el primer gran viaje de mi vida y he aprendido tanto que siento que por dentro de mí ha crecido un bosque de historias y de palabras.



El señor Mundo es mi vecino. Vino al pueblo hace dos años y desde entonces no había vuelto a salir de viaje. Cuando llegó traía un enorme baúl del que sacó cosas rarísimas, se instaló en la casa y pasaba los días en su hamaca, durmiendo a pierna suelta. Al principio no nos conocíamos mucho porque no se acercaba por la escuela, pero en este viaje he descubierto muchas cosas de él, como que sabe todos los idiomas del mundo y que también entiende a los animales. Le gusta coleccionar todo lo que encuentra aunque esté roto, y no sé cómo consigue que quepa en sus bolsillos.



Luna es la perrita del señor Mundo. Se llama así porque siempre está dando vueltas alrededor de él y le encanta la noche. Tiene muchísima paciencia y nos ha acompañado sin rechistar a lo largo del viaje. Creo que estaba encantada de poder husmear y corretear por todas partes.



Gustavo, mi rana verde, me la regalaron un niño y una niña del pueblo y vaya si me ha servido de compañía. Suele dormir en mis bolsillos y pega grandes saltos cuando está asustada y pequeños saltitos cuando está contenta.



Asiri es de un pequeño pueblo de los Andes. Es muy inteligente, hábil y veloz. Su nombre quiere decir "sonrisa". La suya no podremos verla hasta el final de nuestra historia, ya que se cubre la cabeza con un gran sombrero. Tiene muchas ganas de aprender.... ¡y nos dará una sorpresa! Ya veréis... ¡prestad mucha atención!



Cheng es del Tíbet. Y a pesar de ser pequeño, sabe muchísimas cosas. Tiene un problema en los ojos que le impide ver bien, sin embargo es rápido y listo como una ardilla. Ha aprendido a ver a través de otros sentidos y percibe lo que ocurre antes que los demás. Cheng ha sido una gran ayuda en este viaje y un gran amigo.

Y por último, me gustaría que conocierais a los birujines.



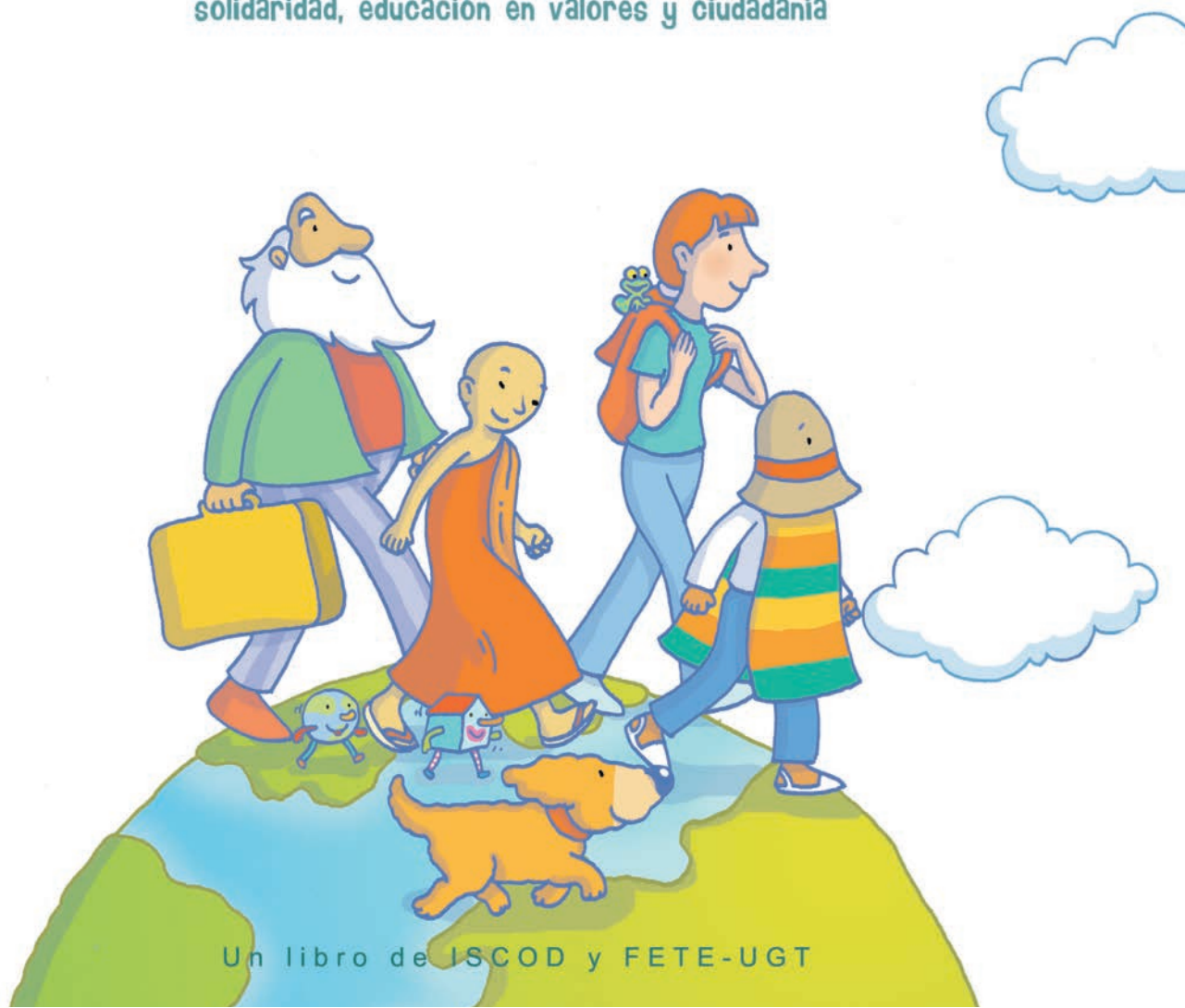
Son los duendes de la escuela y el mundo. Yo no puedo verlos pero sé que nos han acompañado todo el viaje porque, de vez en cuando, noto como si alguien me estuviera haciendo cosquillas y creo escuchar voces.

Dicen que cuando nos hacemos adultos dejamos de ver a los duendes y a los espíritus de las plantas, de los animales y de las cosas, y que además no recordamos que existieron, pero esto no lo puedo asegurar porque no sé si creerlo.

Tal vez vosotros y vosotras podáis descubrir a los birujines que nos rodean...

MI ESCUELA Y EL MUNDO

solidaridad, educación en valores y ciudadanía



Un libro de ISCOD y FETE-UGT

Ocurrió el verano pasado...



La historia que voy a contar ocurrió el verano pasado. Hacía dos días que las niñas y los niños se habían marchado de vacaciones y me había quedado sola.

—Qué bien —pensé—, itendré todo un mes de descanso sólo para mí!

Había sido un curso difícil y un poco extraño..., como si a los niños y las niñas no les interesara lo que estudiaban; los libros roncaban abandonados en las carteras y los estantes, y un tufillo de aburrimiento zumbaba por todas partes.



Yo soy una maestra, y mi escuela y yo tenemos muchos años de experiencia. He conocido a muchos niños y niñas que han venido a estudiar conmigo y nunca me había ocurrido nada parecido...

Por mucho que lo intentaba, no lograba ilusionarles, así que el día que terminó el curso, me sentí muy aliviada. Toqué la campana y abrí las puertas de par en par. Salieron corriendo, dando gritos, haciendo grandes gestos con los brazos en señal de adiós.

Cuando creía que todos y todas se habían marchado, me senté en el quicio de la puerta, con la cabeza entre las manos, mientras pensaba: "Los niños y las niñas se van de vacaciones, pero yo no me quedo contenta. Algo se nos tiene que ocurrir para hacer que vuelvan nuevamente a sonreír y a aprender con ilusión."

Sonreí. Soy una buena maestra. Sabía que algo se me iba a ocurrir...

El relato de Laura

Aquella noche dormí de un tirón del cansancio que llevaba y al día siguiente me di un baño para limpiarme de todo el polvo que había acumulado durante el año. Al llegar la tarde, me senté en el jardín a leer pero no me concentraba, así que me puse a pensar en todo lo que había ocurrido. Cuanto más pensaba, más me enfadaba. Cuando me enfado, me inflo como un globo y me pongo toda roja. Sabía que algo no había ido bien. Tal

vez había dejado de ser una buena maestra. Y eso no podía ser: mi tatarabuela ya era maestra, y mi abuela y mi madre. Todas habían sido maestras y sus clases eran serias y acogedoras.

—¿Me estaré convirtiendo en una maestra gruñona y aburrida? —pensé. Y entonces, comprendí que llevaba mucho tiempo enseñando lo mismo.

Así que primero me rasqué la cabeza y luego di unas vueltas por el jardín, haciendo muecas.





escuela y que, como todas las tardes, roncaba a sus anchas y hacía temblar los árboles hasta dejarlos sin hojas. Todos los días, después de comer, se sentaba en su jardín a fumar en su pipa con la que hacía curiosas formas de humo hasta quedarse dormido.

Como no se me ocurría nada, me tumbé a mirar el cielo. Pensaba que todo era muy complicado porque, a ver, ¿adónde van las maestras cuando tienen que aprender cosas nuevas?

Mi madre aprendió de su madre y su madre de su madre y su madre de su madre.

De repente, un ruido muy fuerte como el del motor de un coche antiguo me hizo sentar de golpe.

Era mi vecino, el señor Mundo, que vivía a muy poca distancia de la





El señor Mundo era algo huraño y solitario y también un poco descuidado, porque ponía sus calzones y calcetines a secar a la vista de todo el mundo y a veces tardaba semanas en recogerlos. Tenía el jardín lleno de cosas inservibles y tampoco le preocupaba que la basura se amontonara...

Como ya sabéis, aquel día yo estaba realmente enfadada y necesitaba

silencio para pensar mientras él seguía roncando, sin alterarse por nada. ¿Qué haría él en vacaciones? ¿Y que iba a hacer yo?

Me levanté del suelo y me dirigí a su casa, decidida a hacerle callar. Me coloqué frente a su puerta y llamé, pero nadie me abrió. Volví a llamar más fuerte, pero nadie me abrió. Grité y, por fin, apareció ante mí.



—¿Se puede saber qué quiere, señora? —me gritó con cara de pocos amigos.

Y fue al mirarle cuando se me ocurrió la solución a mis problemas y a los suyos: él necesitaba salir de aquel lugar destartalado y hacer cosas realmente interesantes como bañarse en el mar, conocer amigos, viajar a lugares lejanos, volar en globo, escalar montañas, adentrarse en la selva, visitar enormes ciudades llenas de rascacielos o escuchar cuentos en todos los idiomas. ¡Necesitaba vivir!

Y yo necesitaba viajar para aprender miles de historias interesantes que contarles a los niños y las niñas. Si conseguía convencerle, podríamos irnos esta misma tarde y empezar una gran aventura. Mientras yo pensaba, él seguía gritando:

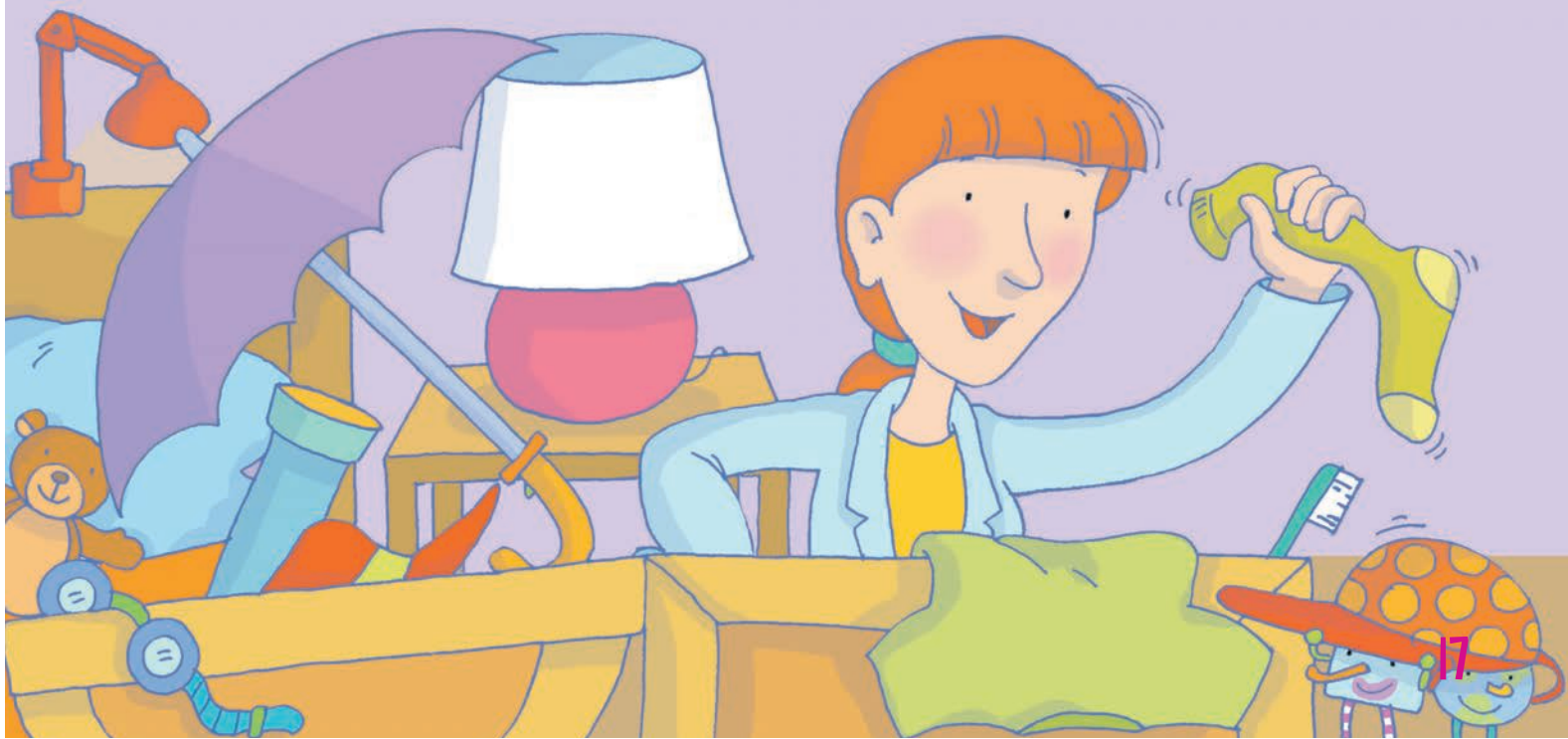
—¡No puede ser! ¡Rayos y retuércanos! ¡Cáspita! ¡Zarracatope! ¡Caramba! ¡Jamones!... ¡Mecachis!

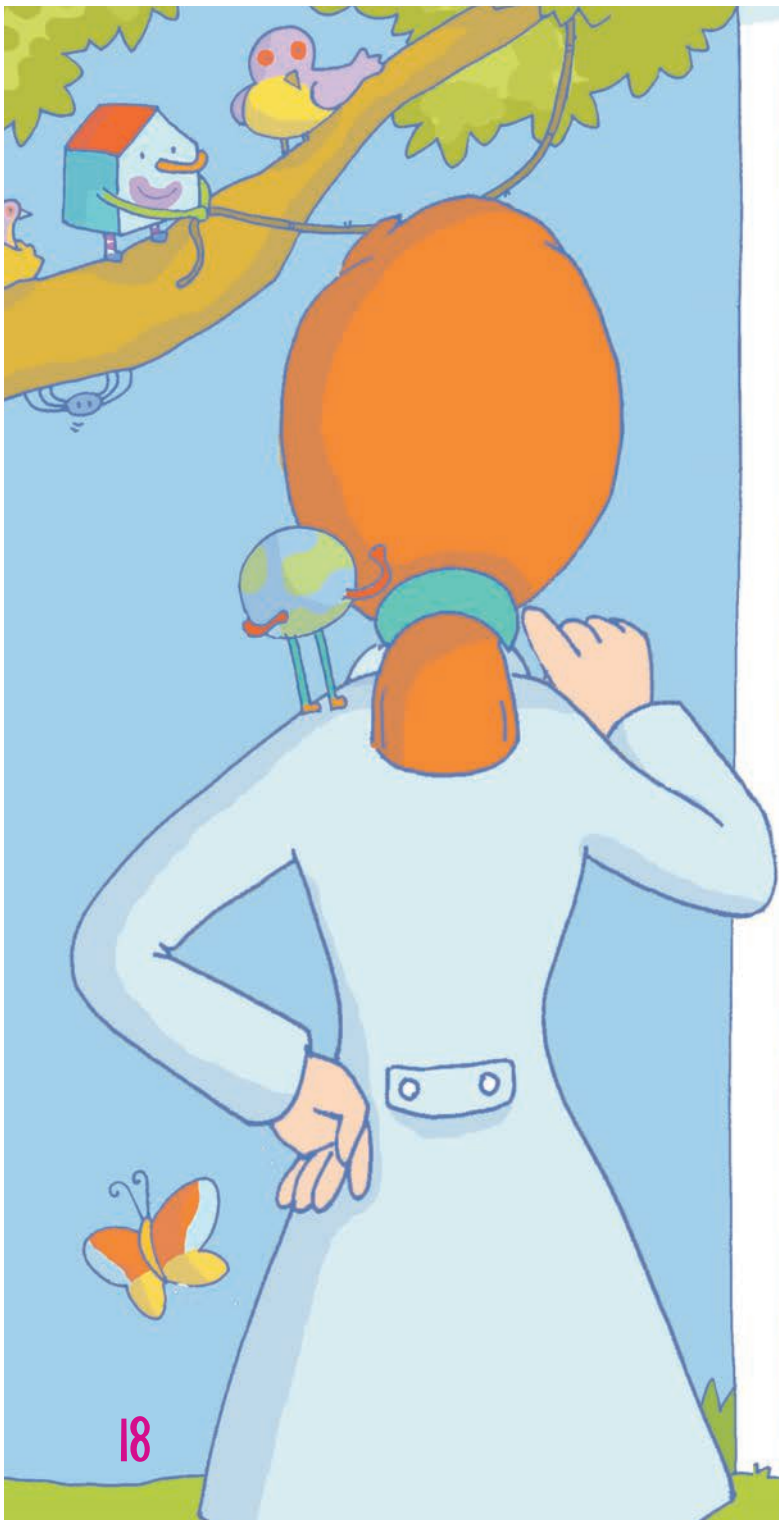
Por sus gritos y sus gestos airados, comprendí que no iba a ser fácil vencerle, así que decidí pasar a la acción.

Sin pensarlo dos veces, le propiné un empujón y le metí en su casa.

El señor Mundo intentó agarrarme por el brazo pero yo fui más rápida y salí corriendo: me colé en su dormitorio y cerré la puerta; miré bajo la cama y encontré un enorme baúl. Lo

abrí y metí lo que creía que podría necesitar para un largo, largo viaje: calcetines con agujeros, despertador de manillas, un par de sombreros, uno negro y otro rojo, gafas de buceo, un cepillo de dientes, una sombrilla, pantalones de repuesto, grandes calzones de franela, una linterna sin pilas, un gorro de lunares para el baño, sus gafas de leer... y lo más importante: un mapa de colores descolorido, lleno de nombres de lugares remotos, de los que nunca había oído hablar.





Cuando lo tuve todo preparado, abrí la puerta de repente. Él no se lo esperaba, resbaló y cayó dentro del baúl. Me senté sobre la tapa mientras gritaba y cerré con llave. Luego, lo arrastré hasta la calle y colgué de la puerta un cartel que decía:

“El señor Mundo
se marcha de viaje
una temporada”.

Corrí a mi casa y llené la mochila de las cosas que creía importantes y las coloqué con cuidado. Del interior del baúl salía un plácido ronquido...

En ese momento, en la acera de enfrente, vi a un niño y una niña que estudiaban conmigo.

—¡Ehhh! —les grité—, ¿podéis ayudarme? —Se acercaron hasta mí y me miraron con curiosidad.



—¿Pero qué llevas ahí dentro que pesa tanto? —preguntaron.

—Al señor Mundo —contesté con una gran sonrisa.

—¿Le has secuestrado? —preguntaron preocupados—. ¿Pero por qué quieres irte con él? ¡Si es muy antipático y nunca se acerca a charlar con nosotros!

—Nooo —contesté—, le he invitado a unas estupendas vacaciones que nunca olvidará. —Y me eché a reír.

Entre los tres, arrastramos el baúl hasta la estación. Estaba atardeciendo y el reloj marcaba las ocho cuando apareció un tren. Subimos el baúl al vagón y me despedí del niño y de la niña. Tenían seis años y me miraban con los ojos muy abiertos.

—Me gustaría ir con usted —dijo la niña cogiéndome de la mano.

—A mí también —comentó el niño.

—Hummm —murmuré. Me hubiera gustado decirles que sí pero éste iba a ser un viaje complicado—. Es mejor que os quedéis y cuidéis de todo esto. Prometo escribiros desde cada sitio al que lleguemos. Y prometo contaros todo, todo, cuando vuelva...



El niño introdujo la mano en su bolsillo y suavemente sacó una pequeña rana verde. La colocó con cuidado en mi mano y me dijo:

—Es Gustavo, mi rana preferida. Seguro que le hará compañía.

—Croac —dijo la rana y saltó hacia mi mochila.

—¡Gracias por este bonito regalo! —exclamé.

—¡Todos al tren! —gritó el maquinista.



El niño y la niña me dijeron adiós con los brazos. Cuando se convirtieron en dos puntitos en el horizonte, me senté. Entreabrí el baúl: el señor Mundo seguía dormido, abrazado a su pipa...

—Aquí estamos los cuatro —suspiré—: el señor Mundo, la rana Gustavo, la perrita Luna y yo, a punto de comenzar una gran aventura...

Empieza la aventura...



El viaje duró muchas horas pero yo no me cansaba de mirar por la ventanilla del tren. Atravesamos bosques con árboles de todos los colores, recorrimos praderas llenas de vacas que comían pacíficamente, nos sumergimos en ríos de agua helada, cruzamos puentes larguísimos y buceamos por el agua del mar entre ballenas y delfines.

Al llegar a los picos más altos de las montañas, allí arriba en la cima, muy cerca del cielo, descubrí un grupo de

patos silvestres que volaban, en forma de flecha, acompañados de un grupo de niños y niñas.

—¿Adónde vais? —les grité con todas mis fuerzas.

—Emigramos al norte, emigramos al norte —contestaron riendo.

—¿Por qué vais al norte? —volví a preguntar.

—Queremos conocerlo, queremos conocerlo —contestaron divertidos.

—¡¡¡Buena suerte!!!

—¡¡¡Buena suerte!!!



El señor Mundo seguía roncando tan tranquilo en su baúl. ¡Si supiera lo lejos que está de su casa, pensaba yo, sonriendo!

De pronto, el tren se sumergió en una profunda niebla y se paró. El maquinista hizo sonar la campana y gritó:

—¡Fin del trayecto! ¡Pasajeros a tierra! Abrí el baúl, sacudí suavemente al señor Mundo y le dije:
—¿Oiga, oiga?... ¡Señor Mundo, ya hemos llegado!

—¿Adónde hemos llegado? —murmuró él, restregándose los ojos.— Yo no pienso ir a ninguna parte ¡y menos con usted, metomentodo!

Pero era demasiado tarde. El conductor del tren nos pedía que nos diéramos prisa, ya que tenía que ir al Polo a llevar abrigos a un grupo de pingüinos y no podía perder tiempo.

El señor Mundo refunfuñaba sin parar mientras me ayudaba a arrastrar el baúl hasta el exterior del tren.



Cuando nos bajamos, nos quedamos con la boca abierta: ¡estábamos en medio del desierto! Cerramos la boca al darnos cuenta de que la teníamos llena de arena. La verdad es que la había por todas partes, en nuestros zapatos, en el pelo, en nuestras orejas, en nuestros ojos y hasta dentro de lo más profundo de mi ombligo...

—¡Cáspita! —gruñó el señor Mundo—. ¡Esto está más polvoriento que mi cuarto de estar!

Me acerqué a la puerta de la estación y llamé al timbre, con la esperanza de que alguien nos ayudara. La estación era una casita con un gran reloj que marcaba las dos y, justo debajo, un enorme cartel con una flecha roja que decía "por allí se va al Sáhara".

La puerta se entreabrió de pronto y asomó una nariz puntiaguda:

—¿Qué quieren? —me preguntó el dueño de la nariz.

—Por favor, ¿podría indicarnos por dónde se va a la ciudad o al pueblo más cercano?

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó enfadado el dueño de la nariz—. ¿Turistas? ¿Extranjeros? ¿Aventureros? ¿Comerciantes? ¿Incordiantes? ¿Viajantes? ¿Inmigrantes?

—¡Cuántas preguntas! ¡Somos la señora maestra y el señor Mundo!

El dueño de la nariz preguntó con voz gritona:

—¿Para qué sirven una señora maestra y un señor Mundo?

Aquella nariz me estaba poniendo muy nerviosa. Me hubiera gustado tomarla entre dos dedos y apretarla hasta dejarla morada, pero temía que no nos ayudara. Así que con paciencia le contesté:

—¡Pues para aprender!

—¡Tonterías! —contestó el dueño de esa nariz que se movía de un lado para otro.

—¿Podríamos quedarnos aquí durante un tiempo? —pregunté con voz inocente—. Es que estamos bastante cansados.





La nariz desapareció de la rendija de la puerta y en su lugar se asomó un enorme dedo moviéndose de un lado a otro, en señal de negación.

—¡Váyanse! ¡Váyanse! —exclamó aquel antipático ser del que sólo conocíamos nariz y dedo.

—Aquí no les queremos —nos dijo, y de un sonoro golpe cerró la puerta.

Lo primero que se me ocurrió fue volver al tren, pero éste estaba ya muy lejos, volando entre las nubes.

—¿Tiene un teléfono? —pregunté al señor Mundo, que, estupefacto, se rascaba la cabeza mientras abría mucho los ojos y la boca.

Revolvió entre su ropa y sacó un viejo teléfono, del que colgaba un cable roto que iba a ninguna parte... Se lo acercó al oído y gritó:

—¿¿Holaaa?? ¡No hay nadie! —me dijo con cara extrañada y luego prosiguió:— Oiga, señorita metomentodo, ¿se puede saber qué hacemos ahora? ¿Se le ocurre alguna otra brillante idea?, porque, como broma, ya está bien. ¡Cáspita y crujir de cebollas!

No sabía muy bien qué hacer: estábamos en medio de un desierto y no tenía la menor idea de cómo salir de allí.



Lo más lógico sería seguir la flecha e intentar llegar a algún lugar, así que miré muy seria al señor Mundo y le ordené que caminara.

—Vamos, ¡camíne!


—No me da la gana —dijo.

—Muy bien, pues quédese aquí solo, yo voy a hacer lo posible por encontrar ayuda.

Y me alejé... Por el rabillo del ojo veía cómo el señor Mundo me seguía, sudando bajo el calor infernal. Cuando creía que no le estaba mirando,

emprendió una carrerita que le colocó a mi lado. Sacó de sus bolsillos mágicos una sombrilla gigante y la abrió para protegernos del sol pero estaba llena de agujeros y los rayos se colaban por todas partes.

Caminamos y caminamos hasta que llegó la noche con su inmenso manto de estrellas. Intentamos refugiarnos del frío dentro del baúl, pero llevábamos muchas cosas y los dos no cabíamos. El señor Mundo se puso su sombrero y yo me refugié debajo de un poncho de lana.



Abrimos los ojos con los primeros rayos de sol. ¡Estábamos atrapados! La arena nos había cubierto por completo.

Creía que todo era imposible cuando un niño y una niña se acercaron entre la arena.

—Ahlam, ¡Ana sahabak! —dijeron, y echaron a correr.

“Claro —pensé—, les hemos dado miedo. Piensan que somos extraños y no quieren acercarse.” El señor Mundo intentó decir algo pero sólo escupió arena. ¡Pobre!

Entonces volvieron con un montón de personas. Iban cubiertos por unos velos que les tapaban la cara y largos vestidos. Nos rodearon y con una rapidez asombrosa nos desenterraron, nos dieron agua y nos pusieron en pie mientras parloteaban sin cesar.

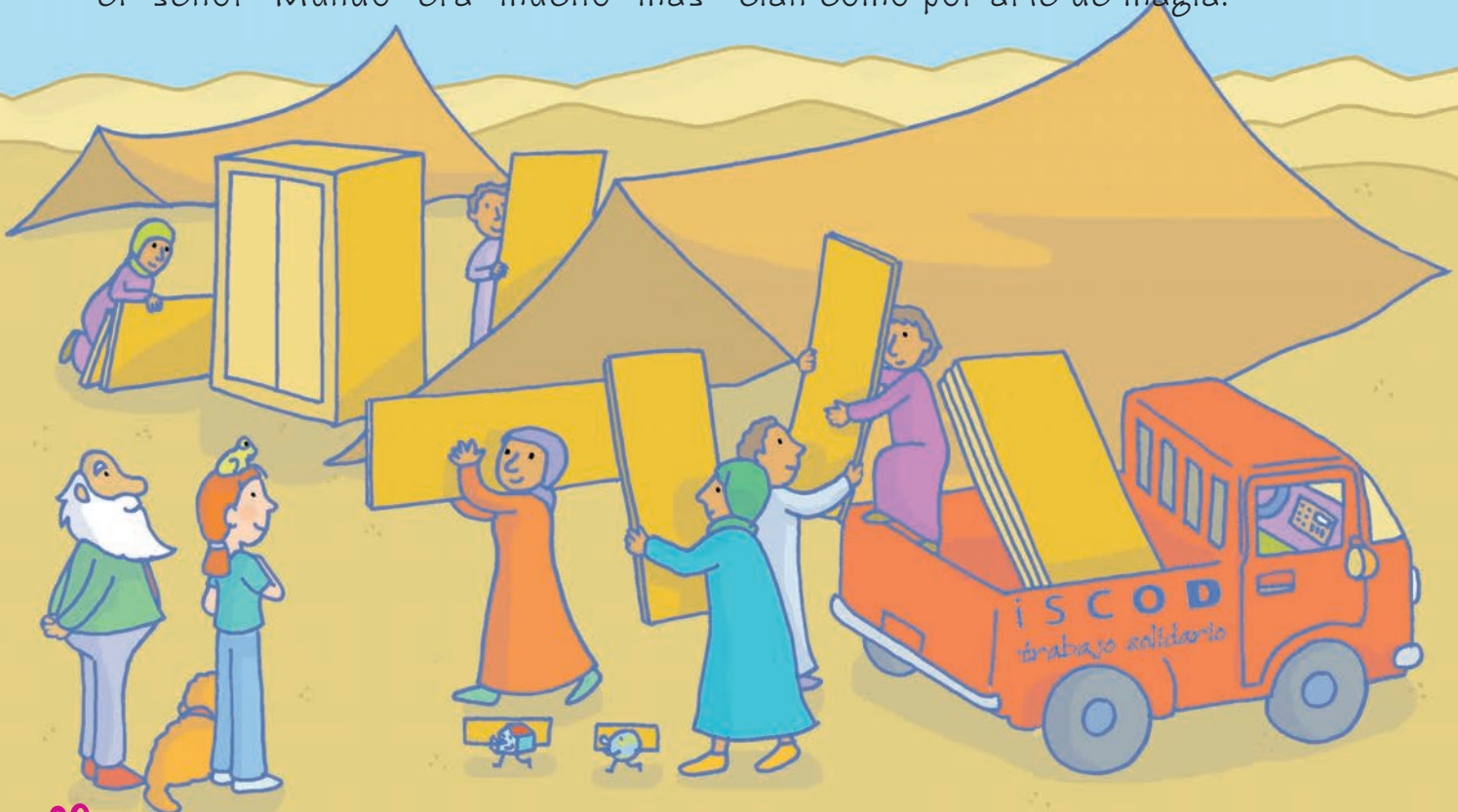
Era gente divertida, que se reía y sonreía mientras nos abrazaban y nos tocaban con curiosidad.



Nos llevaron a su pueblo, un campamento de tiendas muy grandes a las que llaman jaimas. Nos dijeron que nos instaláramos, nos ofrecieron sus mejores armarios para que guardáramos nuestras cosas y nos dieron estofado de cacahuetes, que está muy rico.

Pasamos muchos días y muchas noches en el poblado. Descubrí que el señor Mundo era mucho más

interesante de lo que en principio había imaginado. Sabía contar historias de tiempos remotos y, al llegar la noche, sentado frente a la gran hoguera, cantaba con voz suave y cálida. A veces parecía muy anciano y sabio y otras se le veía muy joven y vital. Y aunque casi siempre gruñía, cuando estaba alegre se reía con tanta fuerza que las penas desaparecían como por arte de magia.



Una noche de luna llena, sentados al calor del fuego, la mujer más anciana del poblado se acercó a nosotros y nos susurró algo en un idioma que no entendimos. Todos nos miraban.

Entonces la anciana contó, con gestos y dibujos en la arena, cómo hace muchos, muchos años, en el desierto, muy cerca de donde ahora se hallaba el campamento, se encontraba un bello oasis con árboles que les protegían del sol.

Un día, cuando iban a recoger los camellos, un ser malvado arrancó los árboles y se los llevó. Nunca más volvieron a crecer. La anciana nos pedía que buscáramos las semillas para que el oasis volviera a crecer. Y hacer que el agua volviera en abundancia. Es su mayor tesoro y no malgastan ni una gota. "¡Cuánto deberíamos aprender de ellos!" pensaba yo... Y dicho esto, la anciana volvió a su sitio y guardó silencio.



Yo sabía que éste era todo un reto para el señor Mundo y pensé que diría que no. Pero algo estaba ocurriendo porque cerró los ojos, apretó los puños con fuerza y aspiró de su pipa una y otra vez, con un gesto de enfado.

Entonces comprendí que nuestra aventura no había hecho más que empezar...

Al día siguiente, nos despedimos de esa gente hospitalaria y cálida que nos había acogido. La anciana extendió una alfombra sobre la arena y nos indicó que nos sentáramos sobre ella. Pronunció unas palabras y empezó a levantarse del suelo, muy alto, muy alto, hasta llegar a las nubes. "Y así, volando sobre la alfombra, recorrimos la extensa e increíble África..."



UN CONTINENTE LLAMADO
AFRICA



Yo no soy racista

Un lugar llamado África...



África es un continente muy especial, repleto de sabores, colores y olores. El segundo más grande de la Tierra. Es tan grande que en él puedes encontrar de todo. Ciudades enormes como Johannesburgo, en Sudáfrica, y vastas llanuras como las de los Masai, en Kenia. Desde paisajes sin agua y sin plantas como el desierto, o con muchísima agua y vegetación como la selva, en la que viven los gorilas y los chimpancés y de la que se dice que siempre es de noche porque los árboles cubren el cielo. También está la sabana con elefantes, leones, rinocerontes, hipopótamos y cebras. África está orgullosa del tesoro que la naturaleza le ha regalado y la protege creando parques naturales en los que no se puede cazar ni cortar árboles.



En este continente viven muchos pueblos muy diferentes entre sí. Hay más de cincuenta países y se habla más de mil quinientas lenguas. Conviven distintas religiones como el Islam —una religión de paz— y el Animismo. Las personas animistas creen que en cada animal y cada planta vive un espíritu, por eso escuchan a la naturaleza y aprenden a respetarla.



Se dice que los primeros seres humanos vienen de África. Hace unos años, se encontró un esqueleto de mujer a la que llamamos Lucy —que tiene tres millones y medio de años— y que es como la abuela de todos los seres humanos. También han existido importantes civilizaciones como la de Egipto, que fue durante años una de las culturas más avanzadas del mundo. Nos dejó sus impresionantes pirámides, su medicina y todo su saber.



En cada rincón de África, en las ciudades, la selva o el desierto hay escuelas para los niños y las niñas. Es un continente tan sabio que se dice que cuando una persona anciana muere, se cierra una biblioteca. Los científicos y científicas han aprendido mucho del poder curativo de las plantas gracias al saber de sus pueblos.



África ama más que odia, canta más que llora, es feliz más que desgraciada y alegre más que triste.

África es un continente más rico que pobre.

En África brilla el sol y la confianza.

África cada día se levanta orgullosa y mira el futuro con esperanza.

África se mueve por un mañana mejor.



LOS CUENTOS DEL SEÑOR MUNDO

El viaje en búsqueda del fuego

Fue hace muchos, muchos años. Por aquel entonces, los hombres y las mujeres no tenían fuego y pasaban muchas dificultades para abrigarse del frío y cocinar los alimentos. Sabían que para conseguir el fuego tendrían que emprender un largo y difícil viaje hasta el cielo... Un viaje del que pensaban que no retornarían. Había que ser muy valiente y tener mucha voluntad para abandonar el hogar e ir en su busca.



Un día un hombre decidió emprender el viaje y ofrecer el fuego como regalo a su pueblo. Subiendo por las montañas más altas, llegó al primer cielo que estaba poblado por unas personas que caminaban con las manos. El hombre se rio de ellos porque le parecía que eran muy ridículas. Aquellos habitantes, indignados por su falta de respeto, le empujaron para que siguiera corriendo hasta llegar al segundo cielo. Allí encontró a otros habitantes que andaban sobre la cabeza.

Se rio tanto de ellos que éstos, furiosos, le empujaron hasta arrojarle al tercer cielo. El hombre continuó su ascenso, riéndose a carcajadas. En el tercer cielo se encontró con que sus habitantes andaban sobre las rodillas. El hombre se retorció de risa porque le parecían más ridículos que los habitantes del primer y del segundo cielo. Tampoco éstos fueron amables con él y le metieron de golpe en el cuarto cielo. Allí el hombre miró a su alrededor, asombrado de la belleza de aquel lugar donde habitaba Mulungo, el creador de todo lo bueno.

El hombre le pidió a Mulungo que le regalara el fuego para su pueblo. Estaba seguro de que Mulungo no se podía negar porque había demostrado ser muy valiente al adentrarse en las entrañas del cielo. Mulungo le invitó a pasar la noche y descansar.

A la mañana siguiente, Mulungo le dijo:

—Quiero hacerte un regalo, elige entre todas estas vasijas la que más te guste.

El hombre, que era muy ambicioso, observó cuidadosamente cada una de las vasijas y se decidió por una que estaba adornada con oro y piedras preciosas.

Mulungo le dijo:

—Ábrela a ver qué es lo que contiene. Y aquel hombre duro e insensible se llevó una amarga sorpresa al descubrir que en el interior de la vasija sólo había cenizas frías.

—¿Por qué no me das el fuego? —le gritó a Mulungo, creador de todas las cosas buenas.

—¿Encima te atreves a preguntarme? Te has reído de los habitantes de los cielos, sólo porque son diferentes a ti, creyéndote mejor que todos ellos, sin darte cuenta del daño que les has infligido y de lo mucho que has dejado de aprender por tu soberbia. ¡Vuelve a tu pueblo con las manos, el corazón y la cabeza vacíos!



Así regresó el hombre a su pueblo y pasaron muchos, muchos años hasta que una mujer volvió a intentarlo de nuevo. Estaba muy preocupada por su familia y por su pueblo. El fuego ayudaría a combatir el frío y a cocinar los alimentos. Una mañana, sin decirle nada a nadie, emprendió el viaje y, como aquel hombre, subió a las montañas más altas, hasta alcanzar el primer cielo. Allí se encontró con los curiosos habitantes a los que ella saludó amablemente. Estuvieron conversando hasta llegar el atardecer y entonces la acompañaron cantando y riendo hasta el segundo cielo. En cada uno de los cielos, la mujer se detuvo a conversar y a aprender de estas gentes extraordinarias. Y así llegó junto a Mulungo, quien le ofreció una habitación para descansar. Aquella noche descansó y, a la mañana siguiente, Mulungo le ofreció las mismas vasijas que al hombre. La mujer pensó que tomar una de las más lujosas era abusar de la hospitalidad de Mulungo, así que tomó la más sencilla. Cuando abrió la tapa, enormes llamas salieron del recipiente. Mulungo le dijo:

—Has demostrado ser una mujer valiente al adentrarte en las entrañas del cielo pero, sobre todo, has demostrado tu gran inteligencia y humanidad al respetar y aprender de los distintos habitantes de los cielos. Y ahora has elegido la vasija más sencilla no queriendo ser avariciosa: eres merecedora del fuego para tu pueblo.

La mujer volvió a su pueblo y fue recibida con gran alegría. Hombres y mujeres de todas las aldeas acudieron a tomar un poco del intenso y luminoso fuego.

Y así termina esta historia, y como me la contaron, te la cuento.



LA SEÑORA MAESTRA Y EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS



¿Ves? Hay muchas razones para emprender un viaje. Yo lo hice porque quería conocer lo que ocurría en otros países para poder enseñarlo en la escuela; hay personas que viajan para reunirse con su familia, otros buscan trabajo. El hombre y la mujer del cuento dejan a su familia, su pueblo, su casa porque necesitan el fuego y, para conseguirlo, tienen que emprender un largo y peligroso viaje.

Hoy, también, las personas que emigran tienen que enfrentarse con los peligros del viaje...

Seguro que, como yo, tienes muchas preguntas sobre la emigración:

¿Qué es emigrar?



Es dejar el sitio en el que vives para irte a vivir a otra parte. Es viajar de un país, una ciudad o un pueblo a otro. No es igual que irte de vacaciones, porque cuando emigramos lo hacemos por más tiempo. Es comenzar una nueva vida en otro lugar y formar parte de él.

¿Desde cuándo emigramos?



Desde el principio de los tiempos. Al igual que muchos animales, los seres humanos se trasladaban, huyendo del frío, del calor o para buscar alimentos. Pueblos como los tuareg del desierto nunca han tenido una residencia fija y se les llama nómadas.

¿Por qué emigramos?



A veces emigramos porque en nuestro país hay guerra o porque queremos mejores posibilidades para estudiar o trabajar. También hay personas que viajan por amor o, simplemente, por el deseo de conocer otros lugares. Tenemos miles de razones para hacer los sueños realidad. Cada persona tiene los suyos y todos son igual de importantes.

¿Quiénes son las personas que emigran? Tú y yo. Casi todos y todas podemos ser emigrantes en algún momento de nuestra vida.

¿Por qué hay personas que tienen que emigrar para trabajar en otro lugar?



Es complicado de explicar: algunos países se han visto muy afectados por la Historia moderna del mundo. Por ejemplo, África, que es un continente que tiene muchas riquezas, vivió épocas muy tristes. Hace muchos años, estaba organizada en poderosos reinos que tenían riquezas como el oro, el marfil o el algodón. En el siglo XV, los europeos quisieron hacerse con estos tesoros. ¡Y no se les ocurrió nada mejor que robarlos y hacer prisioneras a las personas, convirtiéndolas en esclavos y llevándose las a Europa y América! Cuatro siglos después, tras muchas protestas, desapareció la esclavitud. Pero entonces, los países europeos se repartieron África.

Desde hace más o menos cuarenta años, los países africanos son libres pero están pasando muchas dificultades. Por eso muchas personas se ven obligadas a emigrar.

¿Hasta cuándo somos inmigrantes?



Hasta que nos sentimos parte del nuevo lugar. Tenemos nuevos amigos y amigas, vamos a la escuela, jugamos y todo nos resulta familiar... Poco a poco sentimos que formamos parte del país, sin olvidar de dónde venimos.

Cuando emigramos tenemos la suerte de tener dos vidas. Una en el sitio del que partimos, que siempre está con nosotros. Otra en el lugar al que llegamos. Gracias al teléfono, las modernas formas de viajar, Internet, el correo, siempre estamos en contacto. Hoy el mundo es como una pequeña aldea.



COSAS PARA HACER, DIVERTIRSE Y PENSAR...

1. Cuando nos fuimos de viaje el señor Mundo y yo, tuve que elegir muy bien lo que metía en el baúl. ¿Por qué no me ayudas para el próximo viaje? Haz una lista con diez cosas que te llevarías si emigraras.

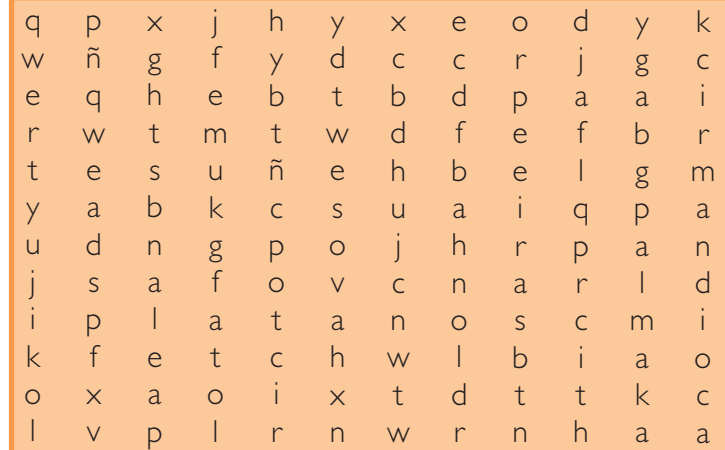
2. Todos y todas tenemos una nacionalidad, lo que quiere decir que somos parte de un país. Cuando nos vamos a vivir a otro lugar, podemos sentirnos parte de este nuevo país, como si nos “adoptara” y, poco a poco, llegaremos a sentirnos tan a gusto como en el lugar en el que nacimos. El señor Mundo y yo hemos viajado por todo el planeta y en cada uno de los sitios donde hemos estado, hemos encontrado a personas que nos han acogido.

- ¿Vives en otro país distinto del tuyo?
- ¿Qué te gustaría que ocurriera cuando llegas a vivir a otro país?

3. SOPA DE LETRAS

¿Sabes qué es lo bueno de viajar? ¿Que descubres muchísimas comidas nuevas! Fíjate bien y descubre los nombres de los alimentos que vienen de África.

COCO CAFÉ
PLÁTANOS MANDIOCA
CACAHUETE PALMA



4. En nuestro viaje nos han acompañado muchos animales que también emigraban. ¿Sabes cuáles de estos animales emigran?

ANIMALES	SÍ	NO
■ Los patos		
■ Los rinocerontes		
■ Las cigüeñas		
■ Los elefantes		
■ Las golondrinas		
■ Las moscas		

¿Sabes de algunos que emigran y que no hemos citado?

5. Me contaba Noaga, una niña africana, que cuando me vio por primera vez, con esa piel tan pálida, pensó que tal vez estaba desteñida o despintada. A los pocos días, cuando mi piel, por el sol, se volvió completamente roja, creyó que era hija de cangrejo, y cuando me cubrieron de cataplasmas de lodo e hierbas para aliviar las quemaduras de la insolación, llegué a sentirme como los gusanos de arena.

Noaga se preguntaba:

- ¿Por qué su piel es blanca como las tripas del pescado?
- ¿Por qué no tiene nuestro precioso negro azulado?
- ¿Por qué su pelo no es ensortijado?
- ¿Por qué no sabe moler el grano?
- ¿Por qué su nariz no es como la nuestra?

¿Puedes responderle tú?





¿SABÍAS QUE...?



El señor Mundo pensaba que el desierto del Sáhara era pequeño y que era fácil salir de allí.

¡Qué va! El desierto del Sáhara está en la parte superior de África y es el más grande del mundo. Es casi igual de grande que Estados Unidos.

Pueden pasar varios años sin llover y, cuando lo hace, las semillas que están enterradas en la arena despiertan y aparecen miles de pequeñas flores, los animales salen de sus escondrijos y las crías nacen. Es muy duro vivir en el desierto. Y la arena se extiende... por eso, muchas ONG, personas expertas y los habitantes de los desiertos intentan impedirlo. Proponen que se planten matorrales y setos para que el viento y la lluvia de arena no arrastren la tierra y para que las dunas no avancen.

Los suelos del desierto podrían transformarse en huertas si se regaran mucho tiempo y fueran enriquecidos con abonos. Pero para esto ¡hace falta mucho dinero! Cuidar del medio ambiente es una responsabilidad de todos los seres humanos del planeta. Y los países que más dinero tienen deben ayudar a los que tienen menos.

¿Sabes por qué es tan difícil vivir en el Sáhara? Porque hace un intenso calor.

Los saharauis llevan vestidos muy amplios para que circule el aire junto al cuerpo y protegerse de los rayos del sol. Y, aunque te parezca increíble, allí es más fácil aguantar las altas temperaturas que en lugares húmedos, porque el cuerpo lo soporta mejor.

Y, claro, ¡los camellos lo son todo en el desierto! Ningún otro animal podría resistir tanto y ser tan útil. Su leche y su carne sirven para la alimentación; la piel se emplea para fabricar tiendas y zapatos; de su pelo se tejen los vestidos y el estiércol se aprovecha para encender el fuego, en las noches frías. Cuando llegamos al campamento nos dimos cuenta de que las personas saharauis viven con muy pocas cosas y la vida es muy difícil.

Hasta el Sáhara llega ayuda de otros países. En España, ISCOD, es una fundación que colabora de forma solidaria para mejorar la vida de las personas a través de la cooperación al desarrollo. Otras organizaciones lo hacen cavando pozos, buscando las aguas subterráneas bajo la arena del desierto, y otras proporcionan cocinas y leña, porque hay que caminar muchos kilómetros hasta encontrar leña para cocinar.



PALABRAS PARA NOMBRAR EL MUNDO...

Es importante tener palabras que nos expliquen lo que vivimos, lo que sentimos, lo que ocurre. Cuando no podemos explicarnos, sentimos como si tuviéramos un nudo en el corazón. Éstas son algunas palabras que nombran el mundo:

Inmigrar: significa llegar a un nuevo lugar a vivir.

Emigrar: significa dejar el lugar donde vives para irte a un nuevo lugar.

Racismo: es despreciar a otras personas porque son diferentes y creer que somos mejores. Es algo muy triste que ocurre demasiadas veces. Todos y todas somos iguales aunque tengamos diferentes formas de hablar o de comer. Cada uno y cada una de nosotros somos diferentes a los demás. Pero todos los niños y las niñas tenemos los mismos derechos y deberes.



IDEAS SOLIDARIAS

¿Y ahora qué hacemos? Pues ¡hay mucho por hacer! Por ejemplo:

- Cuando llega una compañera o un compañero nuevo al colegio, podemos recibirle con un cartel de bienvenida en todas las lenguas que se hablan en nuestra clase.
- Si un compañero o compañera se va a otro país, podemos escribirle una carta, contándole lo que más nos agrada de él o de ella y desearle buen viaje. También podemos buscar en el mapa el lugar al que se va.
- En equipo, podemos hacer un gran mapamundi de los países de origen de todos nuestros compañeros y compañeras.
- Pediremos a nuestras familias que escriban una historia que hayan vivido o unos recuerdos bonitos de su infancia para hacer el “libro viajero” que iremos pasando de familia en familia. Después lo dejaremos en la biblioteca.



Destino: América



Desde las alturas yo lo observaba todo intentando recordar cada detalle para poder contarlo cuando volviera a la escuela. Allí lejos, las selvas, los desiertos, las montañas, los ríos, lagos y estepas de Nigeria, Sudán, Argelia, Mozambique, Zaire, Egipto, Etiopía... iban pareciéndose a la colchada de retales que mi madre me cosía cuando era niña.

No nos fuimos solos de África. La alfombra tenía que recoger a varios pasajeros antes de enfilarse rumbo a América.

La primera parada fue en Argelia, donde se subieron una niña que se había perdido y cuatro camellos llenos de polvo.

En Tanzania rescatamos de la copa de un árbol a un pelícano con un ala vendada, que no podía volar. Su familia pelícano le esperaba en Perú. El pobre estaba muy desamparado y se alegró de vernos.

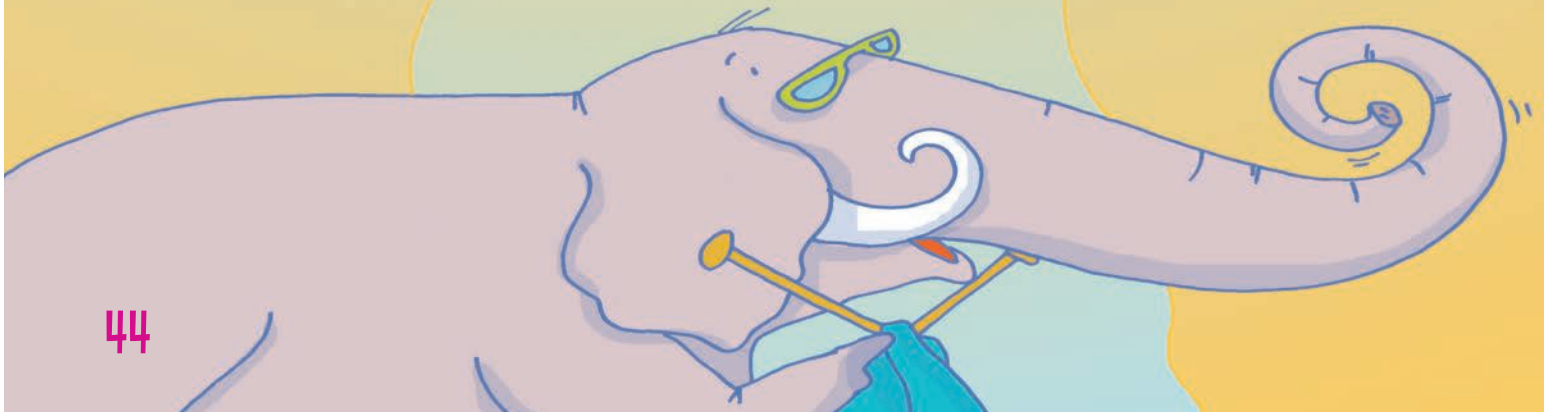


En Zambia recogimos a un profesor que hacía alfombra-stop. Comenzaba su viaje de cooperante y quería llegar a Bolivia para enseñar a los niños y niñas de una escuelita perdida en las montañas. En su gran mochila guardaba libros que hablaban de su cálido país.

Poco después, en Costa de Marfil, subimos con gran dificultad a una enorme elefanta. Llevaba varios días esperando pacientemente, mientras tejía un jersey para su elefantito. Necesitaba unas gafas nuevas que le harían en una reserva especializada en animales grandes. Al subir a la alfombra nos regañó un poco porque decía que no tenía espacio a pesar de que hacía tiempo que había mandado llamarla.

Las alfombras mágicas tienen un carácter muy complicado. Se enfadan por casi todo. No les gusta que comas, ni que te tires pedos, ni que les hagas cosquillas y mucho menos que las ensucies. Si se aburren, pegan saltos para espantarte. Y si te duermes tiritan para despertarte. La verdad es que todos estábamos asustados porque temíamos caernos o que la alfombra se enfadara, menos la elefanta, que seguía tejiendo tan campante, aunque estuvo a punto de estrellarse dos veces y se salvó gracias a que el señor Mundo la sujetó por la trompa.

¡Me sorprendió el señor Mundo! Conocía perfectamente el idioma del pelicano y de la elefanta, el bembá del maestro y el tamazight de la niña. Nos explicó



que teníamos que colocarnos de forma que todos cupiéramos en la alfombra.

—Tenemos que colocarnos mejor, para que quepamos todos —dijo—. ¡Hay que aprender a cooperar si queremos seguir el viaje sin incidentes!

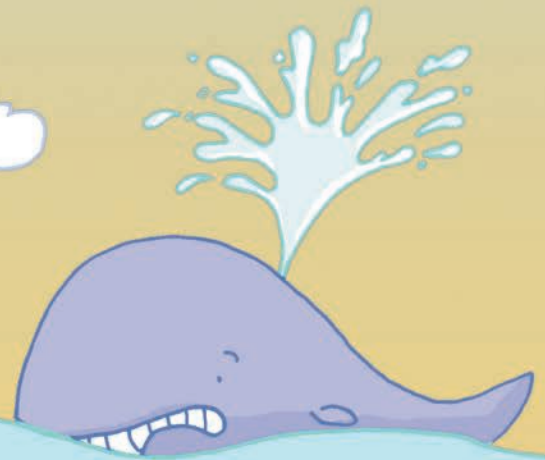
Sacó una batuta rota del bolsillo y nos hizo cantar todo tipo de canciones, durante el viaje, para que la alfombra volara contenta.

Cantábamos por octava vez “las mañanitas”, y así proseguíamos el viaje sobrevolando el océano cuando algo muy extraño sucedió. Vimos cómo una sombra oscura se acercaba.

Las alfombras voladoras son muy listas y ésta debía de ser de las más inteligentes de su especie.

—¡Cantad más fuerte! —gritó el señor Mundo— ¡tenemos que asustarla!

—¡Por aquí, por aquí! —exclamó el pelícano, haciendo una señal con su ala vendada.





—¡Rápido, rápido! —dijo el profesor, sujetándose las gafas— ahí... ¡en la cueva!

—¡¡¡Biennn!!! —gritamos todos, aplaudiendo.

—¿Qué era eso, señor Mundo? —pregunté, inquieta.

—Hum, hum... —me contestó, moviendo la cabeza, preocupado.

Yo tenía la impresión de haber visto aquella cosa fea en alguna otra ocasión y el raro presentimiento de que la volveríamos a ver.

Estaba tan triste que la elefanta me dio unos golpecitos cariñosos con su trompa y luego me regaló el jersey que había tejido. El pelicano sacó un bonito sombrero de su pico y me lo puso en la cabeza.

—Es hora de irnos —dijo el señor Mundo— a partir de ahora el viaje se vuelve más complicado. No tenemos mucho tiempo, tenemos que encontrar las semillas para revivir al oasis y sospecho que la sombra querrá impedirnoslo.



Salimos de la cueva, el señor Mundo, su perra Luna, la rana Gustavo, el profesor y yo, mientras los demás seguían en la alfombra.

—Bueno, amigos, buena suerte. Espero que encontréis lo que estáis buscando, pronto nos volveremos a ver. Profesor, ¿viene con nosotros?

El profesor se puso la mochila a la espalda mientras decía adiós con la mano al resto del grupo.

Y allí nos quedamos, en un pico de los Andes, viendo cómo se alejaba la alfombra. Y por primera vez, sentí un poco de miedo. Sin pensarlo metí mi mano en la del señor Mundo que la apretó con dulzura.

—¿Y ahora qué hacemos, señor Mundo? Sin decir nada, se metió la mano en el bolsillo, sacó un viejo reloj sin manillas y dijo muy serio:

—Ahora tenemos que ir al sur, tal y como señala la brújula.





Rápidamente retiré la mano y grité:

—Señor Mundo, ¡está usted chiflado! ¡Eso es un reloj mugriento y oxidado, no una brújula!

—Aaaááááá —gruñó—. La señorita Sabelotodo cree que sabe cómo salir de aquí, ¿verdad? Pues hala, indique el camino, si sabe.

Yo estaba tan enfadada que me fui, montaña abajo, seguida de Luna. Detrás iba el profesor y un poco más lejos el señor Mundo, que se había puesto unas gafas y un tubo de buzo para respirar mejor.

Aquellas montañas son tan altas que, si no estás acostumbrada, parece que el oxígeno no te llega a los pulmones.

Llevábamos todo el día andando con el señor Mundo rezongando y, cuando estábamos a punto de desfallecer por el cansancio y el hambre, apareció un niño con un grupo de llamas.

Me puse tan contenta que le cogí en brazos y le tiré al aire. El niño se echó

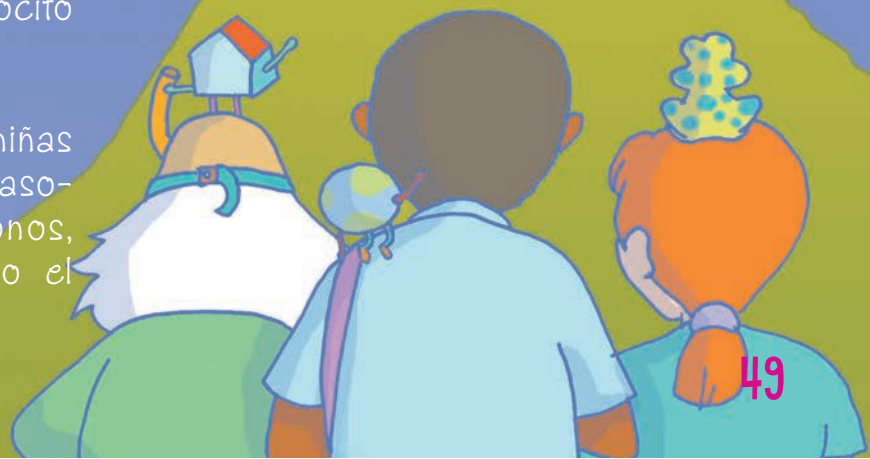
a reír y nos explicó que cerca había una aldea donde podríamos comer y descansar. Nos ayudó a subir a sus llamas, pero el pobre señor Mundo tuvo que seguir a pie porque, cada vez que lo intentaba, la llama le escupía y daba tres pasos atrás.

—¡Retuércanos! —gritó— y siguió enfurruñado hasta que llegamos a la aldea.

La aldea era un pequeño poblado con escuela, ayuntamiento y biblioteca. Nos recibieron encantados, especialmente al profesor, porque hacía tiempo que necesitaban más maestros para la escuela.

Cenamos queso de leche de llama y tortas de maíz. Yo estaba tan cansada que nada más comer el último trocito me fui a dormir.

Nos despertaron los niños y las niñas del pueblo. Abrí un ojo y les vi asomados a la ventana, mirándonos, riéndose. Nos acompañaron todo el



día, tocándonos, regalándonos flores y gastándonos bromas.

El pequeño que nos había encontrado nos seguía muy serio como si quisiera preguntarnos algo.

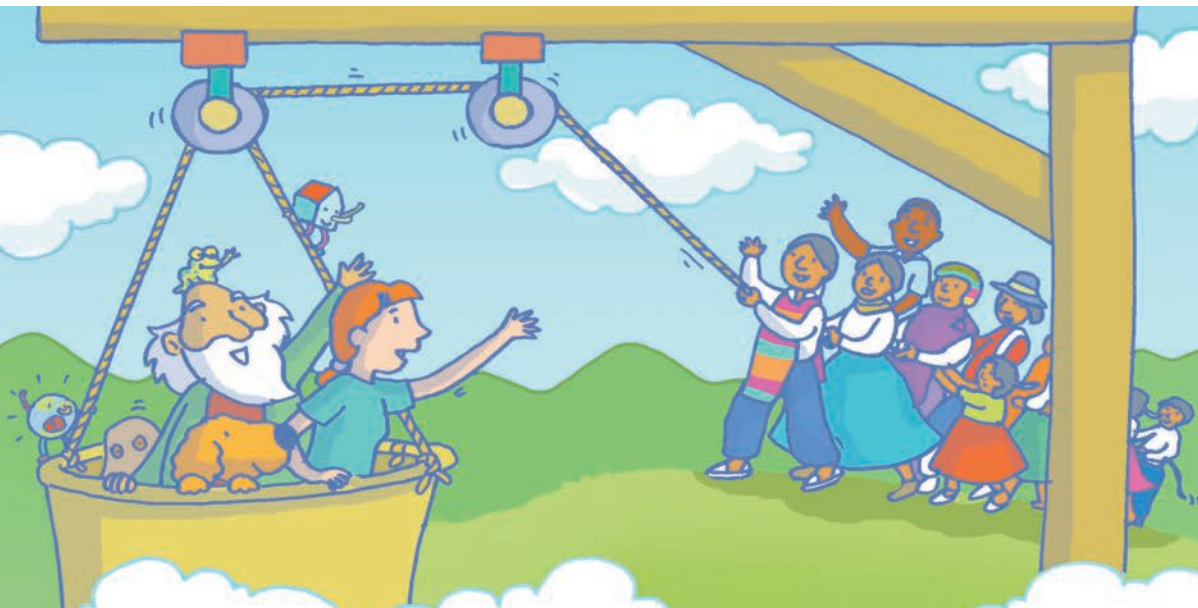
Al atardecer nos sentamos debajo de un árbol, y los ancianos nos contaron lo importante que eran las llamas para ellos. Gracias a ellas tenían lana para ponchos, leche, queso y, cuando lo necesitaban, les llevaban las mercancías. Hacía unos años habían recibido ayuda de un programa de cooperación desde España para abrir la escuela. Y ahora ellos cooperaban con otras aldeas, enseñando a las personas a fabricar objetos bonitos para venderlos en el mercado.

—Nosotros ya hablamos mucho de nuestro pueblo —nos dijeron—, ¿adónde van ahora ustedes?

Entonces les conté nuestra aventura y nuestra misión:

— Debemos encontrar semillas para llevar al desierto y ayudar a repoblar un oasis. —Todos los pueblos del planeta deben ayudarse porque somos una sola familia —contestó una mujer joven—. Encontrarán las semillas en el volcán... en El Salvador, en América Central. Dicen que en su vientre se encuentra la semilla de la vida. Allí donde es enterrada, brotan los árboles y la hierba. —¿Y-sabéis-qué-es-una-sombra-extraña-que-nos-atacó-ayer? —pregunté muy deprisa.





—En su momento lo sabrán —respondió con tristeza...

Entonces, se oyó la voz de un niño que gritó:

—¡Soy Asiri! ¡Yo les enseñaré dónde se encuentra la semilla mágica!

—Ni hablar —contestó el señor Mundo— ya tengo bastante con una maestra metomeentodo, una perra pulgosa y una rana afónica. ¡Tú no vienes!

—Bueno —contesté—, pues ya deberíamos ponernos en marcha. ¿Cómo llegaremos al volcán?

Nos llevaron hasta un saliente de la montaña y nos pidieron que nos montáramos en una gran cesta.

A mí ya no me sorprendía nada de nada... lo mismo me pedían que volara... La cuerda fue bajando, bajando y cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos en lo más profundo del volcán.

¿Sabéis quién se había colado en la cesta? ¡El niño Asiri! Se había colocado su gorro de tal manera que le cubría toda la cara, del que sólo asomaban los ojos. El señor Mundo no se dio cuenta y yo hice como que no le veía y él nos siguió, escondiéndose entre las grandes rocas...

El señor Mundo sacó un casco de minero con linterna de su bolsillo y me

lo dio. Así caminamos por un sendero hasta llegar al centro mismo de la Tierra. Oímos cómo el corazón del planeta hacía tic-tac, tic-tac, con mucha fuerza... Era de un color precioso, verde, marrón, azul... y contenía todos los elementos de la vida: el fuego, el agua, el aire, la tierra.

Con cuidado cogí unos granitos.

—Señor Mundo, ¿tiene un pañuelo?

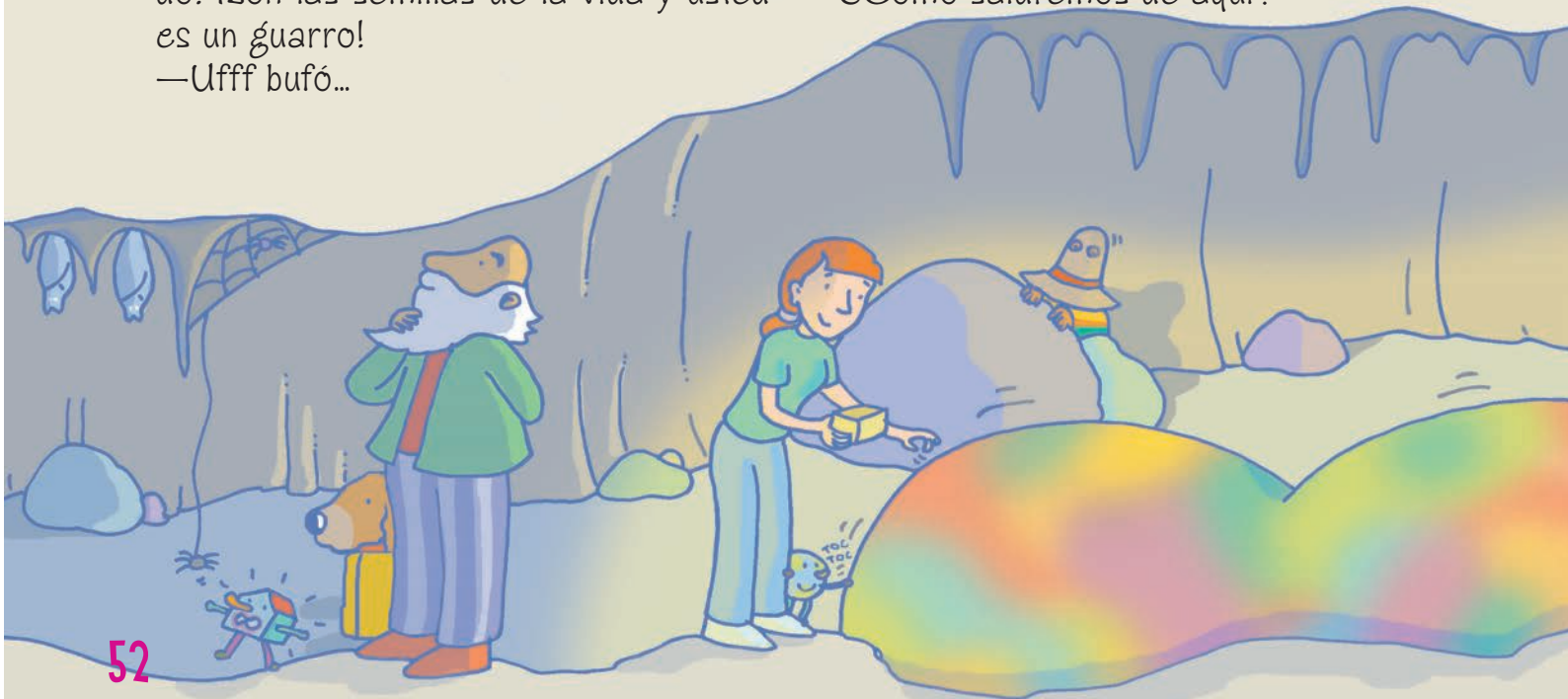
—Y el señor Mundo me dio un trozo de tela manchado de barro.— ¡Señor Mundo! ¡Son las semillas de la vida y usted es un guarro!

—Ufff bufó...

El niño se acercó sigilosamente, me entregó una cajita hecha con lana de llama y luego desapareció de nuevo. Guardé las semillas con cuidado en la cajita y apreté la mano. Una luz se encendió en su interior y nos iluminó en las entrañas del volcán.

Me sentí feliz porque comprendí que la vida brota de este viejo mundo con tal fuerza que nadie podrá acabar con ella. Miré al señor Mundo con determinación y pregunté:

—¿Cómo saldremos de aquí?



UN CONTINENTE LLAMADO
AMÉRICA



Yo también coopero

Un lugar llamado América...



Cuando hablamos de América, tenemos que imaginarnos tres partes diferentes. Tres Américas que forman un solo continente entre el Polo Sur y el Polo Norte. Las llamamos América del Norte, América Central y América del Sur.

Los países que forman cada una de ellas son muy distintos entre sí; tanto como cada una de sus ciudades, aldeas y pueblos.

¿Quieres conocerlas un poco mejor?

A América del Sur y América Central también las llamamos Latinoamérica porque la mayoría de las personas hablan español, aunque muchas también hablan otras lenguas: portugués, quechua, guaraní o aymará.

Mira el mapa: América Central es muy, muy estrecha; parece un camino de tierra que une a la América del Norte y la del Sur y se encuentra entre los océanos Pacífico y Atlántico. Pero ¿sabías que en sus selvas tropicales nacieron las grandes civilizaciones maya, azteca, olmeca y tolteca?



¡Qué grande es América del Sur! Fíjate en la selva amazónica: la llaman el pulmón del mundo porque en ella se concentra más de un tercio de los árboles del planeta. Los pueblos que habitan este lugar han convivido durante siglos en paz con la naturaleza. Pero ahora, las grandes empresas quieren abrir carreteras, talan los árboles para vender madera a muy alto precio, buscan petróleo y poco a poco amenazan con hacer desaparecer la selva. Afortunadamente, existen muchas organizaciones y personas que luchan para salvarla y para que se respete la vida de los indios que la habitan.



La Historia de América es muy rica: cuando llegaron los españoles, se quedaron atónitos ante las grandes pirámides, los templos y las riquezas con las que se encontraron. Les sorprendió todo lo que los pueblos indígenas sabían de astronomía, matemáticas, escritura y artesanía.

Pero no iban en son de paz... y como estos pueblos, a los que llamaban indios, no tenían armas de fuego para defenderse, fueron derrotados por unos seres extraños, blancos y barbudos, que llegaron de lejos, atravesando los mares... Cierra los ojos... ¿lo imaginas?

En la actualidad, América es un continente moderno y cada uno de los países que la forman trabaja duro para el bienestar de sus pueblos.

En cuanto a América del Norte, la constituyen Estados Unidos y Canadá. México está en su territorio, pero forma parte de Latinoamérica.



Es a principios del siglo XVI cuando llegaron personas procedentes de Europa en busca de una vida mejor y se quedaron a vivir en aquellas tierras que habitaban indios, también llamados pieles rojas, por el color de las pinturas con las que adornaban su rostro.

Eran aproximadamente un millón, agrupados en cuatrocientas tribus, y hablaban más de trescientas lenguas. En las tierras que ocupaban —y que hoy son los Estados Unidos—, viven casi cuatrocientos millones de habitantes. Este vasto país se ha desarrollado gracias a la llegada de todas estas personas que han emigrado desde Europa, Asia, América y África, en menos de quinientos años.

Hoy quedan pocos pieles rojas. Algunos se han integrado completamente en la civilización blanca y otros viven en reservas esparcidas por el territorio de Estados Unidos y de Canadá.



Podríamos hablar de América durante años y siempre encontraríamos algo que contarte: en el centro de Chile vive un pueblo muy sabio, llamado Mapuche, que quiere decir “gente de la tierra”. En Uruguay existe un perro único en el mundo: el cimarrón, muy fuerte y tranquilo y buen guardián de ovejas. Brasil es enorme: ocupa más de la mitad del sur de América y es 17 veces más grande que España. Y seguro que has oído hablar del pájaro chogüí que vive en Paraguay. En Bolivia las mujeres llevan sombreros de bombín (que llevan ladeados si están solteras o encima de la cabeza si están casadas). Y en Colombia está el mejor café del mundo.



LOS CUENTOS DEL SEÑOR MUNDO

Hoy os voy a contar un cuento que habla del maíz y de cómo todo un pueblo aprendió a colaborar.

Hace muchos, muchos años, en la tierra sólo crecía hierba y el pueblo Zuni pasaba un hambre tremenda. Cada día pedían al sol que sobre la tierra inhóspita hiciera crecer otras plantas. El sol les escuchó

y para ayudarles envió seis hermanas alegres y bondadosas. Las hermanas escucharon la petición de los hombres y las mujeres del pueblo Zuni y les prometieron ayudarles.

—Os daremos el maíz.

—¿Maíz? —preguntaron, alborozados—. ¿Qué es maíz? ¿Es un pez? ¿Un pájaro? ¿Un árbol? ¿Una piedra? ¿Es el aire?

—Ya lo veréis —contestaron, riendo, las seis hermanas—. Es una planta que tiene los colores del arco iris. Crecerá recta y espigada, mirando hacia el sol y, con sus semillas, podréis cocinar ricos platos.

Todo el pueblo comenzó a bailar y a reír. La mayor de las hermanas les advirtió con serenidad:

—No será sencillo. Tendréis que cuidar y trabajar la tierra para que en ella crezcan las varas de maíz. Escuchadla, atendedla y alimentadla cada uno de los días. Espantad a los pájaros para que no se coman las semillas y recoged la cosecha cuando llegue su tiempo, poniéndola al resguardo de la lluvia, de los animales y del frío. Y lo más importante de todo, que no deberéis olvidar nunca, es que el secreto del maíz debe ser compartido con todos los pueblos de la tierra. Vosotros aprenderéis y enseñaréis a vuestros vecinos y vecinas y, de esta manera, en toda la tierra crecerá el regalo que el sol os hace.

Los hombres y las mujeres del pueblo Zuni asintieron con seriedad porque ésta era una misión importante que debían cumplir. Entonces las hermanas esparcieron semillas por los campos.

Pasaron los días y las semanas. Las hermanas enseñaron al pueblo Zuni a escuchar la tierra, a cuidarla, a susurrar palabras de aliento para que los brotes despertaran del sueño. Pequeñas ramas verdes empezaron a brotar de la tierra árida y al poco tiempo se levantaron, largas y erguidas, mirando al sol. El maíz dio sus frutos y las hermanas les enseñaron a cocinar ricas tortas y a cocer las mazorcas.

Pero a medida que fueron pasando los días, más lejos quedaba la promesa que habían hecho los hombres y las mujeres. Al tiempo, el olvido nubló la memoria y el pueblo Zuni, satisfecho al ver sus graneros llenos, no se preocupó por dar a conocer a otros pueblos su descubrimiento. Pero los graneros pronto se vaciaron y la cosecha abandonada se vio azotada por el sol y el frío de la noche.



Una noche, tristes y calladas, las hermanas se fueron de aquel pueblo que no respetaba sus promesas.

El hambre volvió y con él la memoria. El pueblo Zuni buscó sin tregua a las hermanas. Desesperados, pidieron al águila que volara sobre la tierra para encontrarlas, pero no las encontró.

Pidieron al halcón que con su vuelo corto las siguiera, pero no las encontró.

Entonces le pidieron a Paiyatuma, el Señor del Alba, el que despierta al rocío y sopla el viento de la noche, que tocara su flauta y llamara a las hermanas.

Paytuma caminó por las llanuras y las encontró recostadas junto a un gran lago. Con suavidad las despertó de su sueño:

—Volved con el pueblo Zuni —les pidió por favor— y haced crecer de nuevo el maíz.

—¿Para qué? —contestaron las hermanas—. Sólo miran por ellos, no valoran el regalo que les hizo el sol y no son capaces de cooperar y compartirlo.

Paytuma movió la cabeza de un lado a otro con tristeza y les dijo:

—Volved y enseñadles a cooperar. Conozco al pueblo Zuni: son buena gente. Enseñadles de nuevo y llevarán la semilla del maíz por toda la tierra y todos sabrán que es un regalo del buen sol.

Las hermanas, conmovidas por las palabras de Paytuma, volvieron al pueblo Zuni y, una vez más, enseñaron el secreto del cultivo del maíz. Esta vez el pueblo Zuni comprendió que tenía una importante misión. Recorrieron montañas, mares, caminos y llanuras y llevaron el maíz a todos los rincones de la tierra, compartiendo con todos los pueblos el regalo del sol.

El sol, satisfecho, sonríe allí arriba. Y cada vez que un hombre o una mujer siembra una semilla, envía a sus hijas para velar por que éstas crezcan altas y espigadas.

Y así termina esta historia, y como me la contaron, os la cuento.





LA SEÑORA MAESTRA Y EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS



El señor Mundo dice que la cooperación está ayudando mucho al crecimiento de los pueblos y de las personas, y que también es necesaria para llevamos bien y convivir. Colaborar es algo que debemos hacer entre todos y todas para que el mundo sea un lugar mejor.

¿Qué es la cooperación?



Cooperar es trabajar todas y todos juntos para lograr lo que queremos. Imaginaos que con nuestros amigos y amigas queremos construir una casa en un árbol: Shue buscará maderas. Carlos traerá clavos de su casa. Hu, cuerda fuerte para amarrar los tablones. Claudia, un enorme martillo. Cada uno y cada una pondrá algo que los demás no tienen, de esta forma lograremos lo que solos no podemos conseguir.

¿Cooperar es más que ayudar?



¡Claro que es más!

Ayudar sólo tiene una dirección. Una persona ayuda y otra persona es ayudada. Pero cuando cooperamos, yo ayudo y a la vez me ayudan a mí. ¡Eso es cooperación! Así todos nos ayudamos. Yo beneficio a los demás y los demás me benefician a mí. Y esto es realmente importante porque, de esta forma, todos y todas ganamos.

¿Y cómo podemos cooperar?



Igual que cooperamos en casa, cuando hacemos los recados, cuando ponemos la mesa o cuando nos ocupamos de nuestros hermanos y hermanas pequeñas, muchas personas se unen para ayudar en situaciones de emergencia. Recordemos, por ejemplo, el huracán *Mitch* en Nicaragua y Honduras, los terremotos de Turquía o de Bam, el *Tsunami* del océano Índico...

Pero la cooperación, decíamos, es mucho más que ayudar en momentos terribles... La cooperación al desarrollo es la colaboración que ofrecen unos países o grupos de personas a otras personas para, entre todos y todas, buscar fórmulas para que exista la igualdad.

¿Por qué tenemos que cooperar?



El mundo es como tu casa... sólo que en el mundo hay muchas más habitaciones en las que vive muchísima gente. Hay pueblos y personas que tienen más y otros que tienen menos. Y esto no es justo. Todas las personas, grandes y pequeñas, tienen derecho a una educación, a la salud, al trabajo, a una vivienda digna... a ser felices... Hayan nacido en Europa o en América, en Oceanía, en Asia o en África, todos los niños y niñas tienen derecho a vivir en un mundo más justo. Pero no siempre es así. Dentro de cada país, hay personas más ricas y otras menos ricas. Las personas que trabajan en cooperación luchan contra las desigualdades sociales, por los derechos de las personas y por la educación.

¿Qué consigue la cooperación al desarrollo?



Como las semillas en el cuento del maíz, la cooperación al desarrollo llega a muchos lugares. Gracias a ello, se construyen escuelas u hospitales, se protegen los bosques y se intenta que haya más trabajo y menos pobreza.

¿Quién trabaja en la cooperación al desarrollo?



En todos los países hay personas que se reúnen y trabajan para colaborar. Desde España, ISCOD coopera con Sáhara, Bolivia, Colombia, Perú, América Central... Pero en estos mismos países también hay organizaciones que ayudan a las personas que menos tienen. Y es que la cooperación se realiza tanto dentro de los propios países como desde otros.

¿La cooperación siempre viene del Primer Mundo?



A los países más industrializados, los que parecen ser más ricos, los llamamos “el Primer Mundo”. Aunque este nombre no me gusta mucho porque en los países del Primer Mundo también hay muchas situaciones injustas y personas que viven en la pobreza... pero este nombre, “el Primer Mundo” es el que utilizan los periódicos para definirlo.

Estos países tienen el deber de ayudar a las regiones que lo necesitan... a los que llamamos países en vías de desarrollo y que trabajan para hacer que la vida sea más fácil.

¿Y qué hacen los países que reciben la ayuda a la cooperación?



En los países en vías de desarrollo hay personas que trabajan muy duro desde las ONG, con la esperanza de que un día el mundo sea más justo y solidario.

Desde Ecuador, Tanzania, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Marruecos, El Salvador... en todos los rincones del planeta hay hombres y mujeres que se organizan para hacer leyes que protejan los derechos de los niños y las niñas. Cooperan en hospitales, en colegios, en bibliotecas, en el trabajo, en la política, en las calles, en las fábricas, en el campo, en la selva... en cualquier lugar donde puedan necesitarles porque tienen un sueño que, poco a poco, van haciendo realidad: construir un mundo más justo y solidario.

Son personas valientes, que se enfrentan a muchos problemas y obstáculos, porque no siempre cooperar es fácil, pero su sueño es mucho más fuerte que el miedo y cada día la esperanza les da fuerzas para defender lo que creen.



**COSAS PARA HACER,
DIVERTIRSE Y PENSAR...**

¡No esperes más! Hay muchas cosas que reparar en el mundo. ¡A ponerse el delantal! A coger la escoba, el plumero, el estropajo... y ¡a trabajar!

3. El camino de la solidaridad

El señor Mundo dice que lo que le ocurre a un niño o una niña de cualquier parte del mundo nos ocurre un poco a todos.

Yo soy Leda, vivo en Bolivia y cuido de mis llamas. En mi aldea no había colegio, pero hace unos años nos hermanamos con una escuela de España y ahora, entre todos, hemos construido una escuela. Todos los meses nos enviamos cartas contando lo que sucede en la escuela y desde España nos llegan libros y relatos de los alumnos y las alumnas. ¿Quieres dibujar los caminos que nos unen? La solidaridad tiene un camino de ida y de vuelta.



4. Siempre me pregunto:

¿Cómo es posible que el señor Mundo tenga tantas cosas en los bolsillos?

Una noche cuando dormía metí la mano en sus bolsillos ¡pero no encontré nada! Al día siguiente sacó una bicicleta estropeada. ¿Dónde lo guarda todo?

Algunos niños y niñas viven con muy pocas cosas... Otros viven con muchísimas más.

¿Hacemos una lista de lo que necesitamos para vivir?

¿Por qué crees que unas personas tienen mucho y otras tan poco?

¿Tener más cosas nos hace más felices?

Mi lista

Cosas que necesito para vivir:

1. Leche para desayunar.
2. Ropa para vestirme.
3. ...
4. ...



Sigue tú.

5. Cómo construir un palo de lluvia

¿Has oído el ruido que hace la lluvia cuando cae?

Vamos a intentar imitar su canto: para ello necesitamos:

- Un tubo de cartón, o de plástico, un trozo de tubería limpio.
- Unas hojas de papel o de plátano o de coco.
- Pegamento, cinta adhesiva o cuerdecita.
- Granos de arroz, semillas, café.



Para empezar, taparemos un extremo del tubo con una hoja de papel, una hoja de plátano o de coco que fijaremos con cinta adhesiva, pegamento o que ataremos con una cuerdecita.

Ahora rellenaremos el tubo con semillas, arroz, granos de café o piedrecitas, hasta la tercera parte. Cerramos el otro extremo del tubo.

Si queremos, podemos pintar el tubo por fuera, para decorarlo.

Para oír el canto de la lluvia, inclinaremos el tubo muy lentamente... pero si queremos que llueva fuerte, ¡lo haremos deprisa!

Cuanto más largo el tubo y más lento el movimiento, más lento cae la lluvia...



¿SABÍAS QUE...?



Los picos de los Andes están cubiertos de nieve, pero la tierra de las laderas es muy buena para el cultivo. En los Andes los campesinos y las campesinas siembran maíz, café y otros cultivos. También tienen llamas. Son muy fuertes y se mueven muy deprisa por las montañas de los Andes. Y muy generosas: nos dan lana, leche, y además nos llevan de un sitio a otro.

Los niños y las niñas de Centro América fabrican unos muñequitos muy pequeños que visten de muchos colores y que llaman quitapenas. La leyenda dice que si les cuentas tus preocupaciones por la noche y los pones debajo de la almohada, por la mañana tus penas habrán desaparecido.

Para algunas de las tribus indias de Norteamérica el nombre es parte del alma. Al nacer, el padre o la madre les ponen un nombre a su hijo y a su hija que nunca se revelará a nadie. Como éste permanece secreto, la tribu le otorga uno nuevo que hará referencia a alguna característica o a algo importante que le ocurrió. Por ejemplo "Cuatro lobos", "La que ve lejos", "Toro sentado".

En Honduras, habitan los Pech. Este pueblo indio no revela sus nombres y suele utilizar otros prestados de las personas que les visitan. Cuando estuve allí, varios niños tomaron el mío prestado. Así ahora hay un "Asiri el que se lava los pies en agua fría", "Laura la curiosa", "Laura a la que le picó la tarántula"...

Nelson Mandela, premio Nobel de la Paz, que fue presidente de Zimbabwe, pasó veintisiete años en la cárcel para defender los derechos de los pueblos africanos, cuando existía el *apartheid*, una forma moderna de esclavitud que no daba derechos a las personas negras.

Wangari Maathai fue premio Nobel de la Paz en 2004. Esta mujer de Kenia empezó, hace más de treinta años, a plantar árboles para evitar que el desierto avanzara. Creó muchos grupos de mujeres que hicieron lo mismo en sus aldeas y, entre todas, en esos treinta años han plantado... ¡veinte millones de árboles!

Con esta idea, consiguen mejorar los cultivos, cuidan del medio ambiente y tienen trabajo.

En Argentina y Chile, las Madres de la Plaza de Mayo luchan desde hace años para que se haga justicia y se reconozcan los crímenes contra los derechos humanos que han hecho desaparecer a sus hijos e hijas durante las dictaduras.

Otra mujer, y otro premio Nobel, Rigoberta Menchú, lleva años luchando por los derechos de los indios de Guatemala. Y por los derechos de la mujer en su país...

Y Vandana Shiva, pacifista y premio Nobel alternativo y premio Vida Sana 1993, ha unido en la India a cinco millones de campesinos contra la globalización, y ha organizado a las mujeres para proteger la naturaleza y cuidar de las semillas...



PALABRAS PARA NOMBRAR EL MUNDO...

Me gusta coleccionar guijarros del río y palabras que me voy encontrando en los viajes. Palabras que me ayuden a nombrar lo que siento y lo que pienso. Palabras que recojo en mi cuaderno, que me gustaría llevar en mis bolsillos.

Países del Primer Mundo: son los países que tienen más industria y más dinero. Pero en estos países también hay dificultades y situaciones de pobreza e injusticia.

Países en vías de desarrollo: son los países con situaciones de pobreza. No tienen tantas industrias, ni tanto dinero. Estos países trabajan para que cada día sea mejor. Tienen la riqueza de la naturaleza, de la cultura, de su historia... son ricos en vida...

ONG: son organizaciones no gubernamentales; las forman personas que se unen para colaborar. Trabajan por un mundo más justo y más solidario.



IDEAS SOLIDARIAS

Siempre podemos colaborar a que el mundo sea mejor. Éstas son algunas ideas:

- Podemos pedir al maestro o a la maestra que hermane nuestra escuela con una escuela de otro país. De esta forma conoceremos la vida de niños y niñas que viven de otra forma, podremos intercambiar cartas, libros, juguetes... y sobre todo hacer amistades. ¡Puede ser por carta o por correo electrónico!
- Invitar a personas de las ONG a nuestra clase para que nos cuenten el trabajo que hacen.
- Colaborar con asociaciones y ONG.
- Pedirle al maestro o a la maestra que nos explique las noticias de lo que ocurre en el mundo.
- Conocer nuestros derechos y ayudar a que éstos se cumplan.
- Hacer una carta o un gran mural con una lista de peticiones dirigida al señor Mundo para que se cumplan los derechos de los niños y las niñas de todo el mundo.

Y la Tierra rugió...



A medida que nos alejábamos del corazón de la Tierra el camino se hacía más y más difícil. Al principio, las venas de la Tierra eran de colores y desprendían preciosos destellos de luz. El señor Mundo me explicó que eran los reflejos de las sales, minerales y seres extraordinarios que habitan las entrañas del planeta. Era todo tan increíblemente bello que no podía dejar de correr de un sitio para otro, tocando, oliendo y mirando aquel mundo extraordinario, e incluso llegué a olvidar que estábamos a muchos metros de la superficie.

Pero según nos íbamos adentrando por las arterias de la Tierra y dejábamos de oír el tic-tac de su corazón, la oscuridad se hacía más cerrada y el ambiente más húmedo y pegajoso. Para colmo, tropezábamos continuamente con todo tipo de objetos que nos impedían el paso. Encontramos un camión oxidado, un trozo de tanque de combate, una bañera llena de tornillos y hasta una enorme montaña de latas vacías.

—¿Cómo ha llegado todo esto hasta aquí? —me preguntaba.



Hacía tiempo que las linternas del señor Mundo habían dejado de funcionar y tan sólo nos iluminaba la cajita de las semillas. Yo no era la única que tenía miedo. Luna se enredaba entre mis piernas gimiendo bajito y Asiri se había enganchado con fuerza de mi jersey. Cada vez que escuchábamos un ruido se metía dentro, impidiéndome andar.

El señor Mundo seguía su camino sin hacernos caso. Andaba muy serio y decidido, apartando los obstáculos que

encontrábamos en nuestro camino pero yo sabía que aunque lo disimulaba, él también sentía miedo.

De pronto, se escuchó un ruido: "¡Grooomppssbuuuptoorkhaaaááá...!".

—¿Pero qué ha sido eso? —grité, des-pavorida.

— ¡iiiSocorro!!!! —chilló Asiri y se sorprendió el señor Mundo de verle allí.

—Guauuuu guau guauuuu —aulló Luna.

—¡iCrooaaaccc!! —se manifestó la rana.

—¡iiiSilencio!!!! —bramó el señor Mundo.

Y todos nos quedamos quietos como estatuas de sal.

Un nuevo ruido surgió de las profundidades de la Tierra: "¡Gruupppgghh-hassshhshshhuuuggg...!".

Asiri saltó a mis brazos, la rana se subió a mi cabeza y Luna se metió entre mis pies y, claro, todos nos caímos. Entonces, el suelo se movió con tal fuerza que salimos rodando. Cuando conseguí recuperar el equilibrio le grité al señor Mundo:

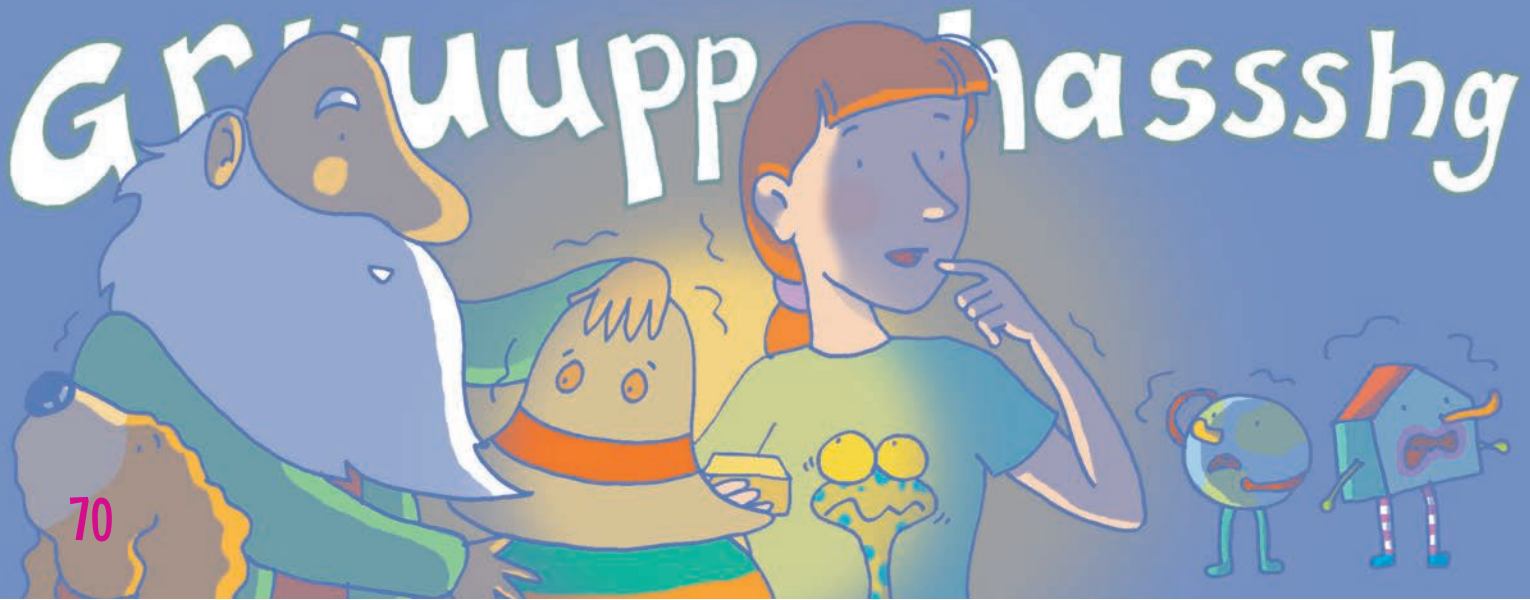
—¿Qué ocurre?


—Son las entrañas de la Tierra —me contestó mientras me ayudaba a

levantarme y colocaba con fuerza el gorro en la cabeza de Asiri.

—¿Las entrañas?

—Sí, tiene una mala digestión. Le duele el estómago y le suenan las tripas. ¿Recuerda todas esas cosas con las que nos hemos tropezado: el camión oxidado, la bañera, la montaña de latas...? Pues son cosas que la gente tira al mar y a los ríos o entierra muy profundo y van a parar al estómago de la Tierra que no los digiere, ¿entiende, señora maestra? Por eso le suenan las tripas. Ella cuida de todos y imire cómo la tratamos! ¡Sin ninguna consideración!





—¿De verdad que todo lo que tiramos va a parar aquí? Pero... ¡son kilos de basura!

—Sí, señora, ¡usted lo ha dicho! Miles y millones de kilos de basura. ¿Y sabe por qué? Porque nos importa un pimiento que sufra. Por eso —gritó el señor Mundo.

Y la Tierra contestó:

—¡Auuuggghhhjjrrrbooonnn!

—Pobre —suspiré—, lo está pasando fatal. Oiga, señor Mundo, pero en algún sitio tenemos que tirar la basura.

—Claro, señorita metomentodo. La Tierra puede digerir algunas cosas y, como es muy lista, las transforma y nos las devuelve en forma de vida. Por ejemplo, las pieles de plátano, las cortezas de yuca, las cáscaras de arroz... ¡Pero no las latas! ¡Ni el plástico o el vidrio! A ver, ¿le gustaría a usted comer vidrio? ¿A que no? Pues eso es lo que debería enseñarles a sus alumnos y alumnas y no... y no... Por cierto, ¿qué enseña usted?



—Oiga, señor Mundo —contesté indignada; e iba a seguir cuando, de repente, se escuchó un nuevo estruendo. Era como si todos los cacharros de la cocina nos cayeran encima. ¡Y es que caían! Montones de chatarra bajaban por una pendiente, amenazando con sepultarnos.

—¡Corran! —gritó el señor Mundo y salimos disparados.

Corríamos y corríamos camino abajo, perseguidos por un montón de cosas inservibles. La Tierra seguía intentando

terminar su digestión. De pronto sentí que algo pegajoso me acorralaba. ¡Era la sombra! Intenté gritar pero no pude. Me quedé patidifusa sin articular ni una sola palabra. Esa cosa asquerosa quería arrebatarme la cajita con las semillas de la vida y me tenía totalmente inmovilizada.

El señor Mundo no se había enterado de nada y corría dando grandes zancadas, llevando a Asiri bajo un brazo y a Luna bajo el otro. Cuando creí que todo estaba perdido aparecieron unos seres diminutos como luciérnagas

que, agárrandome de piernas y brazos, me sacaron volando, salvándome de la sombra.

Me llevaron a toda velocidad por los pasillos de la Tierra hasta que encontraron una abertura. Salimos a la superficie dejando atrás la chatarra y la sombra. Me hicieron descender con suavidad sobre el suelo de hierba. Me quedé sentada allí mirándolas con la boca abierta.

Aquellas criaturas revoloteaban intentando decirme algo. Por fin, entre todas se colocaron en el aire formaron unas letras en las que pude leer: "Ten cuidado, la Tierra te necesita, eres la guardiana de las semillas de la vida...

Ten cuidado, ten cuidado...".

Y desaparecieron.

Estaba tan asustada, cansada y hambrienta que el corazón, el estómago y los pulmones me sonaban a la vez.

—Como a la Tierra —pensé—. ¿Y Asiri? ¿Y el señor Mundo? ¿Y Luna? ¿Y Gustavo? Ayyy... ¡Se los ha llevado la sombra! Ayyy... ¡Me he quedado sin amigos! Ayyy... Y me puse a llorar y a llorar y a llorar y a llorar. Y lloré tanto, que se formó un charco enorme.

—Croac —hizo Gustavo, encantado de bañarse en el charco.





—¡Gustavo! —grité—. ¡Qué alegría! ¿Y el señor Mundo?

—Croac —dijo Gustavo, mientras se lavaba debajo de las patas con un cepillo—. Croac.

—¡Señoor Munnndooo! —grité— Asiriiii, ¿dónde estáis? —grité más fuerte.

—Señora maestra, ¿dónde estááá?

—¿Asiriiii?

—¿Maestra?

En ese momento tropezamos los dos, nos abrazamos y saltamos riendo.

Hacia un día precioso. El sol brillaba con fuerza y aquel lugar estaba cubierto de flores. Todo parecía perfecto, pero...

—Asiri, ¿y el señor Mundo?

—Jijijijijiji —rio Asiri—. Venga por aquí, señora maestra.

Me llevó de la mano por un camino que conducía a un templo budista, y mientras caminábamos me fue contando lo ocurrido:



—Corrimos y corrimos, señora maestra, y no nos dimos cuenta de que la sombra la perseguía y entonces encontramos una brecha. Luna salió primero y luego yo, pero el señor Mundo no pudo. Encontramos a unos monjes vestidos de naranja y nos explicaron que estábamos en Nepal, en Asia. Y ahora están cuidando del señor Mundo que está plantado como una patata en la huerta del monasterio.

Asiri hablaba tan deprisa que se quedó sin respiración y, cuando terminó, ya

habíamos llegado al huerto. El señor Mundo estaba enterrado hasta la cintura y agitaba los brazos al aire, maldiciendo. Junto a él, dos hombres mayores y tres niños con las cabezas lisas como un limón le sonreían, haciéndole gestos para que se calmara.

No pude evitar echarme a reír. ¡Pobre señor Mundo! Estaba completamente inmovilizado. El hombre mayor se volvió hacia mí y me dijo sonriendo:

—Bienvenida, señora maestra, la estábamos esperando. Lleva usted un bien



muy precioso para la vida de la Tierra. El pueblo del Nepal le agradece su valentía.

Y, levantándose, le dijo con gesto tranquilizador al señor Mundo:

—Si no se calma y encuentra la paz, no podrá salir del agujero y terminará echando raíces. Respire profundamente, piense en cosas agradables: en el viento, el mar, el canto de los pájaros...

Pero no pudo seguir porque el señor Mundo gritó:

—¡Cáscaras y relámpagos!

Y entonces el monje comprendió que deberíamos intentarlo de otro modo. Nos colocamos uno detrás de otro y comenzamos a tirar con fuerza.

Y por fin conseguimos sacarle. Los monjes nos acogieron en su templo. Allí pasamos los siguientes días, descansando y aprendiendo la vida de aquel lugar. El monje mayor me enseñó los secretos de las plantas. Caminábamos por los senderos y a cada paso se detenía para contarme

un nuevo secreto de la naturaleza. Cómo quitar un dolor de muelas con clavo de olor, cuál es la planta con la que conciliar el sueño y qué puntos de nuestro cuerpo debemos tocar para ahuyentar a la tristeza.

Me enseñó a reconocer el canto de los pájaros que anuncia la llegada de la lluvia, a jugar con los osos azules y a encontrar setas en la montaña. Yo intentaba aprenderlo todo para poder contarlo en la escuela. Veía cómo mi cabeza y mi corazón iban llenándose de cosas hermosas.

Me sentía ligera y tranquila como la brisa entre los árboles...

Y llegó el día de partir. Yo había observado que Asiri se había hecho amigo de uno de los niños budistas pero no había adivinado que tenían un plan.

Cuando bajamos la montaña, por un instante creí ver una túnica de color azafrán escondida tras unas rocas.

—Imaginaciones mías —pensé. Y seguí caminando...

Teníamos que abandonar el Asia misteriosa y dirigirnos a Oceanía. Pero ¿cómo viajaríamos esta vez?

Andando tardaríamos dos vidas por lo menos...

Y entonces...



UN CONTINENTE LLAMADO

A S I A



Cuido del medio ambiente

Un lugar llamado Asia...



Asia es el mayor continente del planeta. Es tan grande como dos veces y media la extensión de América Central y América del Sur; una vez y media África y... más de cuatro veces Europa. Es un lugar sorprendente:

¿Quieres saber por qué?

Para empezar, en Asia existen todos los climas. Las tierras del Norte están cubiertas de hielo y se pasa más frío que en ningún otro lugar. En cambio, en las islas del sur hace muchísimo calor y llueve a menudo. En este continente tan diverso vive más de la mitad de la población del mundo.

¿No te parece extraordinario?



Y si te digo que, además, es allí donde nacieron grandes civilizaciones como la china o la india y las principales religiones y filosofías como el cristianismo, el Islam, el budismo o el judaísmo, entenderás por qué nos encontramos con tantos lugares sagrados: montañas, ríos o ciudades a los que acuden millones de personas cada año.

Pero Asia es también un continente moderno: desde sus ciudades y pueblos nos llegan muchas de las cosas que utilizamos cada día: ordenadores, juguetes, ropa, aparatos de música...

¿Ves? El mundo es a la vez muy grande y muy pequeño y cada día los barcos, los aviones o los camiones transportan mercancías de un rincón a otro.



Uno de los países más grandes y antiguos de Asia es China. Se la llama el país de la bicicleta porque casi todo el mundo la usa para ir a trabajar, al colegio o a comprar. Como es un país con muchísimos ríos, se utilizan mucho los barcos para viajar, pero también algunas personas viven en barcas, junto a las ciudades.

¿Sabías que el papel, la pólvora, la tinta o la seda tejida se inventaron en China? Ah, y las cometas! Algunas tienen forma de dragón. La leyenda cuenta que los dragones volaban en el cielo y traía suerte a quienes los veía pasar.

En el norte de este inmenso país se encuentran las montañas del Tíbet. Las llaman “el techo del mundo” porque están muy cerca del cielo. No es fácil vivir allí: en invierno las temperaturas llegan a 40°C bajo cero y en verano hace calor.



Para el transporte de las mercancías, los tibetanos han domesticado al yak, que es parecido a un enorme buey cubierto de pelo largo y espeso para protegerse del frío. Y es en el Tíbet donde nos paramos el señor Mundo y yo a descansar en los templos budistas: un mundo de paz.



Si seguimos viajando por Asia, llegaremos a la India. Es un país con grandes contrastes. Muchos de sus habitantes viven de la agricultura. Pero es también uno de los más desarrollados en la fabricación de ordenadores y su cine es tan famoso, tan famoso, que produce más películas al año que el de los Estados Unidos. En la India, la tradición y la modernidad se dan la mano.



¿Y dónde están Irak, Irán, Israel y Arabia? Son algunos países de Oriente Próximo y Oriente Medio que, también, se encuentran en Asia. Allí está el petróleo, el oro negro, una de las grandes riquezas de nuestro planeta, que se ha vuelto tan importante en nuestras vidas.



¿Sabías que es en Arabia donde se comenzó a beber café? Cuando llegan invitados, se les recibe con café, dátiles y pastelitos de almendra y miel. Y es que sus habitantes son muy hospitalarios. Cuando llegas a un campamento de beduinos, el primer día beben contigo un café amargo, para compartir las dificultades de tu viaje; el segundo día te lo sirven muy dulce, para ofrecerte la dulzura de la amistad, y el tercer día te regalan los dátiles y las almendras, que te darán fuerzas para seguir tu camino. “¡Salaam Alaikum!”, te dicen. Y tú contestas “¡Alaikum Salaam!”... ¡Que la paz esté contigo... y que contigo quede la paz...!

Nos quedan tantos países que visitar... Asia es tan grande... tendremos que visitarlos en otro viaje...



LOS CUENTOS DEL SEÑOR MUNDO

EL PINTOR DE SUEÑOS

Un pintor de mucho talento fue enviado por el emperador a una provincia lejana, desconocida, recién conquistada, con la misión de traer imágenes pintadas. El deseo del emperador era conocer así aquellas provincias.

El pintor viajó mucho. Subió hasta las altas montañas donde admiró las minas repletas de piedras preciosas, se adentró en los bosques y pudo escuchar el canto de los pájaros, el susurro del viento entre las hojas y el nacer de la vida en las madrigueras de los animales. Se sumergió en las aguas de los ríos para admirar los peces que se deslizaban en las aguas.



Durante semanas visitó los recodos de los nuevos territorios, pero regresó a la capital sin una sola imagen, sin siquiera un boceto.

El emperador se sorprendió e, incluso, se enfadó.

Entonces, el pintor pidió que le dejaran pintar una pared del palacio. Sobre aquella pared representó todo el país que acababa de recorrer. Cuando el trabajo estuvo terminado, el emperador fue a admirar la gran pintura. El pintor, con los pinceles en la mano, le explicó todos los rincones de las montañas, de los ríos, de los bosques.

El emperador, satisfecho ante el cuadro, mandó llamar a sus ayudantes y con voz segura comenzó a dar órdenes:

—¡Talad los bosques! —chilló—. Quiero toda la madera de los árboles para venderla a otros países... ¡Capturad a los animales de las montañas y traedme las pieles!... De esta forma haremos mantas para las camas de palacio. ¡Pescad todos los peces y traédmelos!

Una tras otra, iba dando órdenes. Le brillaban los ojos. Habían sido malos tiempos y estaba prácticamente arruinado y con todo lo que planeaba hacer podría llenar de nuevo las arcas de palacio.

—¡Cortad madera! ¡Cazad animales! ¡Secad los ríos! ¡Vaciad las minas de las montañas!... —gritaba— mientras sus ayudantes escribían sus órdenes con tinta en largos papiros.

El pintor miraba al emperador sin dar crédito. Su deseo de hacerse rico acabaría con todos los tesoros de los bosques, de las montañas, de los ríos... y todo por su culpa: al pintar el lienzo, le había enseñado la entrada a ese maravilloso lugar. No podía permitirlo.

Entonces el pintor se acercó al cuadro. Y como por arte de magia se metió en la pintura. El emperador y sus ayudantes vieron con asombro cómo el pintor se iba alejando poco a poco por el camino que llevaba a las montañas y desaparecía. En el momento en que el pintor llegaba a la cima, el emperador gritó:

—¡Id a por él! ¡Capturadle!

Los ayudantes intentaron entrar en el cuadro como lo había hecho el pintor pero lo único que consiguieron fue chocar de forma estrepitosa contra la pared. Y al instante desapareció el paisaje, dejando la pared en blanco. El emperador y las personas que lo rodeaban volvieron a sus aposentos en silencio.

Este es un cuento que viene de la lejana China; me lo contó mi amiga Liu y, tal como me lo contó, lo cuento ahora.



LA SEÑORA MAESTRA Y EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS



En el cuento del señor Mundo descubrimos que si abusamos de la naturaleza, ésta puede desaparecer... igual que ocurrió con el cuadro. Sin embargo parece que la Humanidad se ha olvidado de que dependemos de ella para vivir. Es necesario protegerla y cuidarla para que siga siendo nuestra aliada.

¿QUIERES SABER MÁS?

¿Por qué necesitamos a la naturaleza para vivir?



Necesitamos a la naturaleza para alimentarnos, vestirnos, abrigarnos, curarnos. La naturaleza es muy generosa, pero si no la cuidamos, llegará un día en que se agotará su riqueza y estará tan contaminada que no podremos vivir en la Tierra. ¡Estamos a tiempo! Si cuidamos de la naturaleza, quizás, algún día, podamos disfrutar de un paraíso...

¿Por qué no podemos malgastar el agua?



Los habitantes de la Tierra consumimos mucha, mucha agua: bebemos agua dulce, comemos animales que viven en ella, con el agua regamos las plantas, navegamos sobre el agua... Si no tenemos cuidado, desaparecerá del planeta. En algunos continentes como Europa, no falta. Pero en otros, como algunas regiones de África y Asia, el agua es un bien muy escaso. Mientras que una persona en Malí utiliza diez litros de agua por día, una persona de Canadá utiliza doscientos...

¿Por qué están sucios los ríos? ¿Y el mar?



Cuando nos bañamos, fregamos los platos, lavamos la ropa, o las empresas y las personas arrojan elementos químicos o cosas inservibles, el agua sucia va a parar a los ríos y al mar, contaminándolos. En estas condiciones, las plantas y animales se envenenan y mueren. Lo peor son esos enormes barcos cargados de petróleo que se hunden o que limpian sus bodegas en el mar. ¡El mar y el petróleo no se llevan nada bien!

¿Por qué son valiosos los bosques?



Aunque no vivas cerca del bosque, él está cerca de ti... Los bosques nos regalan gran parte del oxígeno que respiramos y ayudan a regular la temperatura y la humedad. Pero, además, nos regalan madera para construir muebles y hacer papel y plantas que curan, savia para hacer jarabe e incluso goma para hacer chicle.

¿Qué ocurre si acabamos con los bosques?



Al no quedar árboles, no hay raíces ni hojas para retener la Tierra y el agua de lluvia resbala sin que nada la detenga, inundando llanuras y pueblos. Cuando esto ocurre, a las plantas les cuesta crecer y la zona se desertiza, y entonces muchos animales y plantas se quedan sin hogar.

¿Qué es reciclar?



Es aprovechar los objetos de la basura y, después de tratarlos, volverlos a utilizar. Casi toda la basura se recicla: los cartones, el vidrio, el papel, las telas y el plástico.

Por ello, debemos aprender a separar la basura en diferentes cubos. Supone un esfuerzo, pero ayudamos al planeta... Recuerda que consumimos más recursos de los que la Tierra produce, por lo que en menos de cincuenta años necesitaremos cuarenta planetas como éste para mantener nuestro ritmo de consumo...

Si no acabamos con este despilfarro, la Tierra no va a dar más de sí.

¿Por qué han desaparecido algunas especies de animales?



Los animales aparecieron sobre la tierra hace mil quinientos millones de años. Desde entonces, miles de especies han vivido y han desaparecido. Algunos animales se han ido transformando para sobrevivir pero otros se han ido extinguiendo. Actualmente, en todo el planeta, muchas personas luchan por salvar a las especies amenazadas. Vigilan las poblaciones de animales y las protegen. Por ejemplo, los tigres, los gorilas, los elefantes o los osos están protegidos y no pueden cazarse.



**COSAS PARA HACER,
DIVERTIRSE Y PENSAR...**

I. Un teléfono mágico

En la China rural no todo el mundo sabe leer y escribir, así que las personas hablan de sus sentimientos y transmiten sus conocimientos a través de las canciones. Cantan canciones de amor a través de teléfonos de bambú. Se construyen con dos trozos de bambú hueco que se unen con un hilo.

Podemos hacer un teléfono mágico con dos vasos de papel. Les hacemos un agujerito e introducimos un hilo fuerte. Unimos los dos vasos con el hilo y podremos hablar y escucharnos, aunque estemos muy lejos.

2. La sabiduría asiática

Es conocida la sabiduría que tienen algunas personas en su manera de ver la vida y transmitirla a quienes les rodean, esa sabiduría es muy apreciada en Asia desde tiempos inmemoriales. Tanto así que se podría decir que han basado su comportamiento en muchos de estos pensamientos que se han transmitido de generación en generación. Algunos llegan a ser tan conocidos, que han logrado recorrer el mundo entero.

¿Ayudarías a Asiri a descifrar la sabia frase de Confucio, que su amigo le envió en varios pedazos de papel y que Luna le ha desordenado?

Frase secreta: Cada cosa tiene su belleza, pero no todos pueden verla.



3. ¿Basura?

En muchos países del mundo los niños y niñas crean juguetes con cosas que en otros lugares se tiran a la basura: fabrican coches con trozos de lata; una casita con cajas de cartón...

Con un calcetín podemos hacer un dragón chino: con un poco de lana le hacemos el pelo, con unos botones los ojos y con un poco de cartón la nariz y la boca. Y ¡ya está!

4. La Convención Internacional de Derechos de los niños y las niñas dice que "todos los niños y niñas tienen derecho a un nombre y a una nacionalidad"

Hay millones de niños y niñas en el mundo. Todos deberían tener un nombre. Aquí tienes algunos que he recogido en mis viajes. Une con una línea los nombres con el significado que creas que tienen?

- A Ling
- B Sakura
- C Alí
- D César
- E Sameer

- 1 Aire
- 2 De abundante cabellera
- 3 Como el tintineo de piedras de jade
- 4 Flor de cerezo
- 5 Alto

La respuesta correcta es: A-3, B-4, C-5, D-2, E-1

5. En China inventaron las cometas hace tres mil años

A veces les colgaban pequeñas flautas o hilos de metal que emitían sonidos con el viento. Otras servían para enviar mensajes.

Inventa un mensaje para salvar al mundo, que harías llegar a todos los habitantes del planeta.



¿SABÍAS QUE...?



El agua fluye en los ríos y afluentes, descansa en los lagos y pantanos, es sólida en los glaciares de las montañas y de los polos, es un gas en las nubes. Los mares y océanos son inmensos depósitos de agua salada.

En algunos países no hay agua porque no llueve, otras veces falta por nuestra culpa. Cuando tálamos los árboles de los bosques, secamos las marismas, asfaltamos los campos o llenamos de hormigón las riberas de los ríos, no queda nada para retener el agua de lluvia que corre hacia el mar en lugar de permanecer bajo tierra. En la India, en el Estado de Maharashtra, 23.000 pueblos no tienen agua porque los árboles cuyas raíces retenían el agua de lluvia han sido talados.

Los cinco océanos: Pacífico, Atlántico, Índico, Ártico y Antártico son salados. Fue en los océanos donde comenzó la vida hace cuatro mil millones de años.

Cincuenta millones de personas viven todavía en los bosques como lo hicieron sus antepasados y muchas, muchísimas, viven del mar.



IDEAS SOLIDARIAS

Algunas ideas que podemos poner en práctica para cuidar el planeta:

- Si tienes la suerte de tener tanta agua como quieras ¡no la malgastes!
- Dúchate en lugar de bañarte, ahorrarás más de cien litros de agua cada vez.
- Riega tus plantas con el agua de la lluvia, si colocas un cubo en la terraza o en la calle puedes recogerla.
- Cierra bien el grifo. ¡Se pierden miles de litros!
- Limpia los platos con poco detergente. Los detergentes contaminan los ríos.

Y si ayudas a tu madre o a tu padre a hacer la compra, diles que compren productos que no contaminen. Son iguales de eficaces y no dañan la naturaleza.

Todos los bosques del mundo, desde el más pequeño al más grande, se preocupan por ti...

¿Qué puedes hacer para cuidarlos?

- No utilices pañuelos de papel. ¡Utiliza los de tela! De esta forma se cortarán menos árboles.
- Cuando vayas por los recados, no pidas bolsas de papel o de plástico. Mete la compra directamente en tu cesta de la compra. Las bolsas de papel y de cartón se sacan de los árboles.
- Lleva los periódicos y el papel a contenedores de reciclaje.
- Pídele al maestro o a la maestra que utilicen cuadernos de papel reciclado...
- Adopta un árbol. Busca un árbol y dale un nombre. Cuídalo, regándolo todas las semanas... Cuéntale tus cosas y acércalo: crecerá contigo y será tu amigo.

¡Y ahorra energía! Si todos y todas ahorramos energía, se crearán menos pantanos y consumiremos menos carbón. Cada vez que salgas de una habitación, ¡no olvides apagar la luz!

Y de repente... ¡el mar!



Tardamos muchos días en descender por los senderos de la montaña. A lo lejos, una manchita color azafrán nos seguía dando saltitos entre matorrales y piedras, escondiéndose tras los árboles cuando creía haber sido descubierta.

De vez en cuando, Asiri se quedaba atrás y dejaba disimuladamente trocitos de torta de maíz o de arroz sobre una roca. Yo fingía no enterarme de nada pero intuía que un nuevo amigo se había unido al grupo.

Al atardecer del cuarto día llegamos a una gigantesca muralla de la que no se veía el final.

—Señor Mundo, ¿qué es esto? ¿Aquí se acaba la Tierra?

—Jajajajaja —se rio—. ¡La Tierra es redonda!

—¡Ya lo sé! —grité, ofendida—. Durante muchos siglos la Humanidad creyó que era plana, como una inmensa bandeja. Y se iniciaron expediciones para buscar el final de la Tierra. Se decía que allí donde acababa había un enorme precipicio que llevaba a la nada. ¿Ve cómo lo sé? Pero ¿qué es esta muralla tan inmensa?

—¿Ésta? Es la muralla china, que aquí llaman la Gran Muralla. La mandó construir un antiguo emperador para defenderse de sus enemigos. Llegó a ser tan larga como dos veces Chile, y ahora todavía recorrerla entera sería como salir de Madrid y terminar en Bruselas. Mire en el mapa... Ah, y se

tardó más de dos mil años en construirla.

—¡Es impresionante! Pero y ahora, ¿adónde vamos?

—¡A Oceanía!

—¿Cómo que a Oceanía? ¿A otro continente? ¿Pero no íbamos a entregar las semillas y después a casa?

—Vamos a ver, señorita metomentodo... ¿No dijo que quería recorrer los cinco continentes?

—Estoy cansada —gruñí, mientras me quitaba la bota de la que sacaba una pequeña araña que había acampado con toda su familia. Y me senté en una roca, dispuesta a quedarme allí hasta que el señor Mundo entrara en razón.

Se oyó la voz de Asiri que salía del gorro que le cubría la cabeza:

—A mí me gustaría seguir el viaje hasta Oceanía. Quiero ver los canguros y visitar las islas. ¡Nunca he visto el mar y quiero saber cómo es!

—¡Ah, no...! —dijo el señor Mundo—. La señorita metomentodo está cansada y ahora quiere volver a casa. Ya no quiere conocer nada de nada, ni tiene interés en contarles todo lo que ha vivido a sus alumnos y alumnas...



—¡Eso no es verdad! Usted es un mandón y un gruñón y, además, lleva los bolsillos llenos de cosas inútiles que jamás sirven para nada —grité.

El señor Mundo sacó un enorme cazamariposas lleno de agujeros y contestó:

—¿Ah, no? Pues sepa usted que esto es para cazar a maestras como usted y luego poder ponerlas entre las páginas de un libro yyy... ¡ZAS!

Yo empecé a pegar saltos de un lado para otro intentando que el señor Mundo no me atrapara, mientras Gustavo saltaba sobre la perrita, tirándole de las orejas, y Asiri nos agarraba de la manga gritando “¡No, no, no, nooo!”.

En ese momento, la manchita color azafrán surgió de su escondite y echó a correr hacia nosotros:

—¡Que viene! ¡Que viene! ¡Corran!
—gritaba, agitando los brazos.





Y, de repente, ¡plaf! Cayó enredado en su túnica y rodó y rodó y rodó hasta nosotros. Asiri se inclinó sobre el montón de tela del que salían brazos y pies y susurró bajito:

—¡Cheng! ¿Cheng?
—¿Y éste quién es? —dijimos el señor Mundo y yo al mismo tiempo.

Cheng se puso de pie de un brinco, se arregló la túnica y, sin darle tiempo a Asiri a contestar, replicó rápidamente:

—Soy Cheng y no tenemos tiempo para presentaciones. La sombra viene siguiendo nuestros pasos y está muy

cerca. ¡Hay que correr! ¡Hay que correr o nos atrapará y se llevará las semillas de la vida! ¡Corran, corran, corran...!

Miré al señor Mundo, miré a Asiri, miré a Cheng, miré al perro, miré a la rana y me puse a llorar: ¿Qué es lo que nos había pasado? ¿Por qué nos habíamos peleado de esa forma? ¿Por qué me habían entrado tantas ganas de gritarle al señor Mundo?

Cheng me ofreció un trocito de su túnica y me dijo bajito:

—No llore, señora maestra, es la sombra, no quiere que sean amigos. Está

cerca y viene a quitarles las semillas, la paz y la alegría.

Miré boquiabierta a ese niño tan sabio. ¿Cómo explicar que sólo él descubriera el peligro?

—¿Cómo has sabido que llegaba la sombra?

—No puedo ver bien —dijo Cheng—. Tengo problemas en los ojos... pero puedo sentir todo lo que ocurre, percibo cosas que los demás no consiguen ver y siento la sombra. Y ahora, por favor, ¡dejen de discutir! Tenemos que irnos de aquí si no queremos que nos destruya.

Pero no había salida. La muralla no tenía fin. Dicen que es la única construcción humana que se ve desde la luna, y lo creo. Sólo veíamos kilómetros de muros que se perdían en el horizonte. Podríamos correr junto a la muralla —pensé— pero sin duda la sombra sería mucho más rápida y terminaría atrapándonos.

Me volví hacia el señor Mundo y le dije, intentando no asustar a Asiri y a Cheng:

—¿Tiene usted un helicóptero metido en el bolsillo?





—No —dijo muy serio—. Tengo un avión, un globo y una grúa, pero un helicóptero, no. De cualquier manera, no podemos huir por el aire: la sombra vuela.

—Pero entonces, ¿qué hacemos?

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba asustada y que sólo la presencia de mis amigos podía protegerme del miedo. La mano de Asiri se colocó dentro de la mía, y en la otra la de Cheng. La rana se metió en mi bolsillo y Luna se escondió en la túnica color azafrán.

Allí estábamos: no teníamos nada con qué defendernos... pero teníamos la amistad.

—¡Mirad! —grité.

La sombra bajaba por la ladera a toda velocidad, desplazando el aire y emitiendo un silbido sordo.

Cuando todo parecía perdido, el señor Mundo dijo:



—¡Lo tengo!

—Sea lo que sea, haga algo rápido —dijo Cheng—. Está muy cerca, puedo sentirla...

Metió las manos en los bolsillos y empezó a sacar cosas: una caña de pescar, una radio vieja, un saxo, una jaula de grillos... y, de repente, dijo:

—¡Aquí está!

—¿Una tiza? —gritamos todos.

—Esperen y verán.

Con destreza pintó una puerta en las piedras de la muralla y sobre ella escribió: Oceanía.

—Ya está —dijo sonriendo.

—¿Ya está qué? —contestó Asiri—. ¿Qué se supone que tiene que pasar?

—Por favor, ¡un poco de educación! ¡Llaman a la puerta! No se puede entrar en un sitio sin llamar antes.

Cheng dio unos golpecitos sobre la puerta pintada y ante nuestras caras de asombro ésta se convirtió en una puerta real y se abrió con un "ñññiiiiigggg-geeeghhh"...

—¡Rápido! —dijo Asiri, y entramos todos en tropel en el preciso momento

en el que la sombra estaba a punto de atraparnos.

Ya del otro lado, tuvimos que empujar con todas nuestras fuerzas para impedir que cruzara la puerta. El señor Mundo dibujó un candado enorme y un cartel que ponía: "Lugar de paz. Prohibido el paso a las sombras".

—De buena nos hemos librado... —dijo Cheng.

Iba a preguntar dónde estábamos cuando una mamá canguro con un bebé en su bolsita se acercó saltando y me dio un lametón.

—¡Australia! ¿Esto es Oceanía?

—¡Así es! —dijo el señor Mundo, alejándose—. Estamos en el país de los canguros, de las tortugas, de los koalas.

—Pero, ¿usted adónde va? —le pregunté.

—A buscar el mar, naturalmente. Ni Asiri ni Cheng han visto el mar. Sigamos a la familia de tortugas, ellas nos llevarán hasta la orilla.

—¿Por qué no cantamos algo? —sugirió Asiri.

Y así fue como llegamos a una pequeña laguna.

—¿Es esto el mar? —preguntó Cheng.





—Nooo —contesté, contenta.

Poco después encontramos un lago mucho más grande. Asiri y Cheng se pusieron a saltar y a dar gritos de alegría:

—¡El mar! ¡El mar!

—Nooo —dijimos el señor Mundo y yo, a la vez.

Cuando el sol se guardaba sobre el horizonte y la luna se elevaba poco a poco en el cielo, una inmensa orilla de arena blanca apareció ante nosotros y, un poco más lejos, las olas que suavemente iban y venían. Asiri y Cheng se cogieron de la mano mirando, maravillados, el reflejo de la luz en el agua.

—El mar... la mar... —dijeron, y se fueron corriendo hacia las olas hasta que sus pies quedaron cubiertos de agua.

Cheng y Asiri saltaban, buceaban, mientras el señor Mundo y yo, sentados en la orilla, les mirábamos encantados. El sol se despedía sumergiéndose en el océano y un millón de estrellas salían a nuestro encuentro.

—Una moneda por sus pensamientos —me dijo el señor Mundo con una sonrisa.

—Pensaba que me encantaría saber qué esconde el mar entre sus aguas —dije suspirando.

—Hummm —murmuró—. No es difícil...
—¿Que no es difícil? ¡Yo no sé bucear!

Colocó una mano sobre mi hombro y, acercando su rostro a mi oído, me dijo con voz suave:

—Sólo tiene que levantar con la mano una puntita del mar y mirar por debajo...
—Y no sé ni cómo ni por qué, pero le creí. Me acerqué a la orilla, allí donde

la mar estaba más tranquilo, me incliné sobre el agua y levanté la orilla, como si fuera una alfombra, y miré por debajo. Vi corales de todos los colores, bosques de algas y plantas marinas, caracolas que se desperezaban mientras cantaban, una pareja de delfines con un



bebé delfín que jugueteaba a su alrededor, bancos de peces, atunes enormes...
La mar, la mar...

Con cuidado, volví a dejarla en su sitio.
Me quedé mirando la inmensidad.
Aquello era increíble: la luna, las estrellas,
el rumor de las olas...

"Si pudiera llevar un trocito de todo esto a los lugares en los que hay guerras o peleas, estoy segura de que volvería la paz" pensé. Y me prometí que, pasara lo que pasara, llegaríamos todos juntos al final de la aventura. Ni la sombra, ni el miedo, ni el cansancio podrían conmigo.

Y nunca más volvería a pelearme. A discutir, sí... porque el señor Mundo es un poco difícil. Pero a pelearme, ¡jamás! Y de pronto...

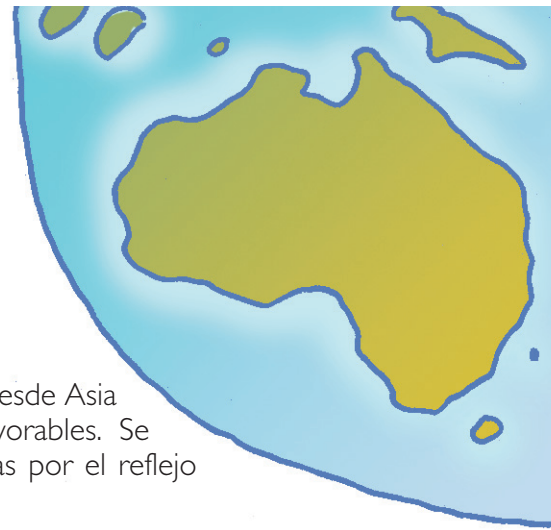


UN CONTINENTE LLAMADO
OCEANIA



No quiero guerras

Un lugar llamado Oceanía



Cuentan que los primeros habitantes de Oceanía llegaron desde Asia navegando en sus canoas, aprovechando los vientos favorables. Se orientaban guiándose por las estrellas y reconocían las islas por el reflejo que causaban en las nubes.



Y es que Oceanía está formada por cuatro grandes territorios: Australia, Nueva Zelanda y las islas del Pacífico. El Pacífico es un océano inmenso, el más grande del planeta, pero no os creáis que es tranquilo. ¡Qué va! Son aguas inquietas con grandes olas, tormentas, huracanes y zonas volcánicas.



En las islas de este continente viven pueblos muy diferentes como los maoríes, los nambas, papúes y pigmeos. Muchas personas siguen respetando la forma de vida que aprendieron de sus antepasados y continúan viviendo en las montañas y en las selvas. Otras muchas viven en ciudades como Sidney, en Australia.



Australia es un país muy grande, tan grande como Europa, pero tiene muchísimos menos habitantes. Muchas personas en Australia son ganaderas y tienen ranchos de ovejas y vacas que están lejos de las ciudades y pueblos, así que en algunas ocasiones los niños y las niñas no pueden ir a la escuela y estudian dando clases por Internet, por radio o televisión. Y ahí viven animales y pájaros únicos en la tierra como el Koala, el canguro y el ornitorrinco.



En Nueva Zelanda no se utiliza energía nuclear, casi no hay grandes industrias y las ciudades no son tan pobladas como las de otros países. Todo esto hace que sea uno de los países menos contaminados del mundo.



LOS CUENTOS DEL SEÑOR MUNDO

Este es un cuento Tolai de Nueva Guinea que me contaron hace muchos años y que no he podido olvidar porque viene a mí cada vez que miro las estrellas...

Érase una vez un pueblo amable y tranquilo que habitaba en las montañas. Una noche se celebró una gran fiesta a la que sólo invitaron a las personas mayores. El fuego centelleaba y escupía chispas que revoloteaban por el cielo. Los hombres y mujeres habían bebido un extraño brebaje de la selva y bailaban alrededor del fuego cantando y danzando como si hubieran perdido la cabeza.

Tan alto gritaban y tanto ruido amaban que los niños y las niñas se despertaron. Una niña llamado Muru abrió la puerta de su choza y se acercó al grupo de hombres y mujeres. Un hombre que la vio le gritó enfadado:

—¿Qué haces aquí? ¡Vuelve a tu choza! —y como la niña no respondía, la empujó hasta la choza y cerró la puerta de golpe.

... Y en ese momento, la paz dejó de existir en aquella aldea.

La niña se sentó a llorar y contó a sus hermanos lo que había sucedido. Les contó cómo la habían empujado hasta la cabaña. Estaba furiosa porque nunca antes la habían tratado así. De pronto, como por arte de magia, se abrió la puerta de la choza y los niños y las niñas salieron corriendo hacia el lugar donde brillaba la luz de la luna. Se cogieron de la cintura, como si fueran una larga serpiente. De las chozas salieron todos los niños y niñas de la aldea y se fueron uniendo a la larga fila.



Delante, una dama blanca como los rayos de la luna pálida iba guiando sus pasos... Era la paz que les alejaba de los gritos y de los empujones.

Siguieron andando y cantando por los senderos de la selva. Los niños y las niñas tenían los ojos puestos en la dama blanca que les guiaba hacia el firmamento a través de la luz de la luna. Sus pasos eran cada vez más ligeros, hasta que lentamente comenzaron a ascender por los aires. Subieron hasta que

se tomaron invisibles por la oscuridad de la noche, volviendo a aparecer segundos después en forma de estrellas. Así el firmamento quedó completamente cubierto de estrellas que parecían observar lo que ocurría en la aldea.

Cuando la fiesta terminó, los padres y madres, cansados y somnolientos, volvieron a las chozas descubriendo que sus hijos e hijas habían desaparecido en la inmensidad del firmamento. Lloraron mucho y prometieron que no volverían a gritar ni a empujar a ningún niño ni a ninguna niña. La luna que les observaba desde lo alto, les dejó llorar para que recordaran por siempre su promesa.

Finalmente, conmovida por su pena, provocó una lluvia de estrellas fugaces y los niños y las niñas volvieron a sus hogares.

Desde entonces, cuando levantan los ojos en la noche, recuerdan que todos los niños y niñas del mundo tienen derecho a vivir en paz.



LA SEÑORA MAESTRA Y EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS



En el cuento del señor Mundo, los niños y las niñas de la aldea se van porque sienten que no han sido respetados. La paz es invisible pero, en cuanto se va, sentimos que no está a nuestro lado. La paz es un tesoro tan importante, tan importante, que cuando falta todo se vuelve oscuridad.

¿Qué es la paz?

La paz es esa sensación tan rara pero tan agradable que tenemos cuando estamos bien con nuestros amigos y amigas, con nuestra familia, en la escuela...

A la paz la echamos mucho de menos cuando no está, cuando hay guerra o tenemos miedo de que ocurra algo o tememos a alguien. Cuando sentimos tranquilidad porque nos quieren y nos respetan,

no nos damos cuenta de que esto es la paz, no la echamos en falta y es así como debe ser. Porque la paz es algo invisible pero tan importante como el aire o la comida.

¿Quién construye la paz?



La paz la tejemos entre todos y todas. Cuando recibes a un compañero o a una compañera nueva con cariño, estás construyendo la paz. Cuando prestas tus juguetes y tus libros estás construyendo la paz. Cuando respetas la forma de ser o de pensar de los compañeros y compañeras estás construyendo la paz...

¿Por qué es importante la paz?



La paz es muy importante para ser felices, para crecer, para jugar, para tener amigos y amigas, para aprender a querer, para ser libres, para soñar que algún día seremos todo lo que queramos ser, para participar... La paz es necesaria para ser tú.

¿Los niños y las niñas tienen derecho a la paz?



La Convención Internacional de los Derechos de los Niños y las Niñas, que ha sido aprobada por todos los gobiernos del mundo, subraya que todos los niños y las niñas de la Tierra tienen derecho a una educación, a la salud, a participar, a jugar... a ser queridos y a crecer en paz.

Esta convención es muy importante porque obliga a todas las personas a respetar sus derechos. ¿Sabes que si alguna vez no se respetan tus derechos puedes denunciarlo y te ayudarán a resolver el problema?

Cuando somos muy diferentes ¿hay más conflictos y menos paz?



Ser muy diferentes nos da la posibilidad de aprender más. Lo que sería aburridísimo es que fuéramos exactamente iguales. Podemos ser más ruidosos o más callados. Más abiertas o más tímidas. Haber nacido aquí o allá. No importa lo diferente que seamos. Lo importante es respetarnos y saber convivir. No siempre es fácil, porque a lo mejor un compañero o compañera es más lento cuando hace las tareas o las hace demasiado rápido y tú no le alcanzas. Pero siempre hay formas de colaborar y ayudarse. Unas veces pondrás tú más de tú parte, otras veces la otra persona.

¿Estar en paz quiere decir que no podemos discutir nunca?



Nooo, tenemos formas muy diferentes de pensar o de hacer las cosas y es bueno discutir. Lo que no está bien es pelearse. Podemos hablar una y otra vez hasta que encontremos una solución. ¿Que tú quieres jugar a la cuerda y los amigos y amigas a la pelota? Pues negociamos. Una vez a la cuerda y la próxima a la pelota... y encontramos soluciones que nos convengan a todos y a todas.

¿Y si me ocurre algo? Si por ejemplo me siento mal en la escuela o en casa...



Busca ayuda, tienes derecho a vivir y a crecer en paz. Si alguna vez sientes miedo o sientes la soledad, coméntalo con los compañeros o las compañeras y con las personas adultas. Todo tiene solución y tú te mereces ser feliz.

¿En qué lugar se encuentra la paz?



Pues no hay que buscar muy lejos. Está en ti... está en mí... está en cada niño y cada niña. Está en cada persona adulta. Pero la paz puede desaparecer y para que esto no ocurra, hay que aprender a escucharla y tenerla en cuenta.

¿Cómo escuchamos a la paz?



En primer lugar oyendo su voz en nosotros y nosotras mismas. ¿No te ha pasado que a veces haces cosas que no quieres? Por ejemplo, te dicen “ven a la plaza” y en ese momento estabas tranquilamente leyendo, pero vas porque, si no, tienes miedo de que te dejen de lado... Pues la paz te dice... “haz lo que quieras hacer... no lo que los compañeros y compañeras quieran que hagas”, seguro que te encuentras bien.

Hay otra forma muy importante de escuchar: ponte en el lugar de las demás personas, escuchando a los compañeros y las compañeras. Por ejemplo, si llega una niña nueva a clase y la miras a la cara, sabrás que está muerta de miedo porque no conoce a nadie... Acércate, dile tu nombre, invítala a sentarse a tu lado. Así construyes un poco de paz.

¿Qué nos da la paz?



Un montón de cosas que no se comen, ni se ven, ni se huelen, pero se sienten muy dentro. La paz nos da tranquilidad, felicidad y nos da seguridad. Y para que todo esto ocurra, tú como cada uno de nosotros y nosotras tenemos que trabajar para que exista.



COSAS PARA HACER, DIVERTIRSE Y PENSAR...

I. LA MURALLA

Para hacer esta muralla,
tráiganme todas las manos:
los negros sus manos negras,
los blancos sus manos blancas.

Ay,
una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa,
allá sobre el horizonte.

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—Una rosa y un clavel...

—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—El sable del coronel...

—¡Cierra la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—La paloma y el laurel...

—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—El alacrán y el ciempiés...

—¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,
abre la muralla;



al veneno y al puñal,
cierra la muralla;
al mirto y la hierbabuena,
abre la muralla;
al diente de la serpiente,
cierra la muralla;
al ruseñor en la flor,
abre la muralla...

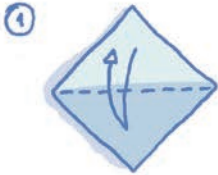
Alcemos una muralla
juntando todas las manos;
los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.
Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa,
allá sobre el horizonte...

NICOLÁS GUILLÉN

2. Para construir...

En todo el mundo las palomas simbolizan la paz. Vamos a crear palomas que nos recuerden que en este lugar existe la tranquilidad.

Una pajarita de papel



1 Toma una hoja de papel cuadrado con la cara de color blanco hacia ti, dóblala en diagonal y vuelve a abrirla.



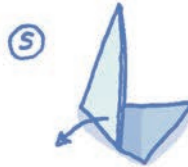
2 Junta sobre el pliegue anterior los dos lados de la izquierda.



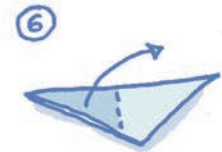
3 Dobra de nuevo.



4 Dobra por la línea.



5 ... y vuelve a abrir.



6 Dobra (de adentro hacia afuera).



7 Siguiendo el pliegue que hiciste en los pasos 4 y 5.



8 Desdobra y luego dobla, siguiendo el pliegue que acabas de crear.



9 ¡Felicidades! Esta es la pajarita...

Cuando hayamos hecho muchas pajaritas las colgaremos de un hilo del techo y volarán cuando la ventana esté abierta.

3. Los niños y niñas del cuento se convirtieron en estrellas...

¿En qué te gustaría convertirte tú? Si fueras...

Si fuera un animal, sería porque

Si pudiera ser un ave, sería porque

Si pudiera ser un insecto, sería porque

Si pudiera ser un juego, sería porque

Si pudiera ser un cuento, sería porque

4. Derechos sin diferencias

Todos y todas somos diferentes, pero todos y todas tenemos derechos que deben cumplirse y respetarse. Nadie es más que otra persona. No importa dónde hayas nacido, ni cuál sea el color de tu piel, seas chico o chica.

La Convención Internacional de los Derechos de los Niños y las Niñas dice: "Nadie debe ser discriminado por su apariencia, su color, su origen, su sexo, su idioma, sus opiniones...".

¿Te imaginas qué aburrido si todos y todas fuéramos exactamente iguales?

Mira el dibujo y busca y colorea las parejas que son iguales.



5. Somos diferentes ¡y especiales!

Cada persona sabe hacer distintas cosas. Pensamos de distinta forma. Nos movemos y reímos en diferentes situaciones... Me contaron de un mundo donde todos sus habitantes eran exactamente iguales. Vestían con los mismos pantalones y camisetas de lunares, tenían las mismas opiniones, se dormían y se levantaban a la misma hora. Todos trabajaban cultivando champiñones y claro... ¡comían champiñones!

Un día al despertar se encontraron con que un hurón se había comido todos sus champiñones. ¿Qué harían ahora? ¿De qué vivirían? Todos gritaron a la vez, todos se rascaron la cabeza a la vez... y... ¡Sigue tú el cuento!...



¿SABÍAS QUE...?

Después de la Segunda Guerra Mundial, los países de todo el mundo se reunieron y crearon una organización muy importante que se llama ONU para cuidar de la paz en toda la tierra.

El edificio central de la ONU está en Nueva York y parece una caja de cerillas con muchas banderas de todos los países. En la ONU los gobiernos firmaron la Convención Internacional de los Derechos de los Niños y las Niñas.

En las guerras los que más sufren son los niños y las niñas. En todo el mundo hay organizaciones que trabajan para que los niños y las niñas puedan vivir en paz.

En Polinesia existen unas islas que se llaman Islas Tonga, que quiere decir Islas de la amistad. Ahí existen muchos volcanes submarinos despiertos capaces de cambiar la forma de las islas.

A veces surgen nuevas islas y vuelven a desaparecer años después. La última vez, en 1927 apareció el islote Falcón.

¿Os imagináis qué raro que una isla aparezca de pronto?



IDEAS SOLIDARIAS

PARA CRECER EN PAZ

- Tú eres alguien muy importante. Quiérete. Escúchate y haz caso a lo que sientes.
- Valora y respeta a las niñas y niños que están a tu alrededor. Escúchales y aprenderás muchas más cosas de las que puedas imaginar.
- Descubre lo que nos une, somos más iguales que diferentes. Incluso cuando no nos entendemos porque no hablamos el mismo idioma podemos encontrar formas de reírnos o contamos cosas.
- Esfuérzate por terminar bien tus tareas. Disfrutarás con el resultado.
- Cumple con tus responsabilidades, los demás lo necesitan.
- Trabaja en grupo. Nadie sabe más que todos y todas juntos.
- Comparte tus cosas con los demás. Te hará muy feliz.
- Pon paz dentro de ti, de esta forma estarás poniendo también paz a tu alrededor.
- Cuando no estés de acuerdo con algo o con alguien, habla y escucha... siempre hay una solución.
- Nunca, nunca, pegues o insultes. Podemos hacer y hacemos mucho daño.

Algunas cosas que no deberíamos olvidar...

No importa dónde hayas nacido, no importa el color de tu pelo o de tu piel, no importa si eres de gran altura o poca, si tienes los pies planos o hablas dos idiomas. Puedes utilizar la mano izquierda o ser hábil con las cuentas, puedes venir de lejos o vivir en la casa de la esquina. Puedes reírte alto o no

escuchar los sonidos... Lo importante, lo realmente importante, es que eres una persona con derechos. ¡NO LO OLVIDES!

Puedes ser veloz o lenta, puedes tener muchas cosas o pocas, puedes ver como un lince o tener poca vista como los topos. Puedes escuchar en la noche como los lobos o entender el lenguaje de las manos. Puedes ser hábil como las arañas o inteligente y reflexiva como los búhos. Puedes ser diferente y especial. Lo importante, lo realmente importante es que serás lo que tú quieras ser porque tienes derecho a tener una vida feliz. ¡NO LO OLVIDES!

A lo largo de tu vida te encontrarás con cientos de personas distintas. De alguna te enamorarás, otras serán tus amigos y amigas. Algunas te enseñarán cosas importantes. Alguna te regalará un pedacito de su vida. Otras pasarán a tu lado y no las volverás a ver... Te cruzarás con niños y niñas. Todos y todas diferentes y verdaderamente importantes. Haz que siempre se sientan respetados y queridos. Tienes el deber de velar para que se respeten sus derechos. ¡NO LO OLVIDES!

Podrás llamarte Marta, Laila, Marcos, Laidy, Pepe, Liu Wang, Takashi, Lilaj, Yuri, Gladis, Nambi, Leda, Maritza, Ahmed, Arundhati... lo importante es que todos y todas tenemos los mismos derechos. ¡NO LO OLVIDES!

Y si alguna vez lo dudas, levanta la vista y recuerda que para mí eres importante. ¡NO LO OLVIDES!



Y llegó la hora de regresar...



Ante nuestros ojos apareció un terrible barco pirata.

—¡Rayos y relámpagos! —dijo el señor Mundo.

En la cubierta del barco se asomaban una veintena de piratas dispuestos a tomar la playa y a terminar con todo bicho viviente. Eran muchos, muy feos, con cara de pocos amigos y gritaban como si ésta fuera la última batalla.

—¡Estamos perdidos! ¡Estamos acabados! ¡Estamos atrapados! —grité.

Pero cuando creíamos que iban a saltar a la playa, una mujer se abrió camino entre la tripulación. Asomándose a la proa del barco con gesto decidido, mandó callar a los marineros y marineras.

El silencio se podía cortar con cuchillo: ni las tortugas se atrevían a respirar. La mujer pirata nos recorrió con la mirada.



Solemne, dijo con seguridad:

—¡Buenas noches! ¡Soy Paquita-la-del-puerto! —dijo con voz de trueno.

Ante nuestra sorpresa, toda la tripulación coreó:

—¡Paquita-la-del-puerto! ¡Eo, eo, eo...!

Volvió a mandar guardar silencio y continuó:

—Pá servirles a ustedes. Mi tripulación y yo les saludamos.

Estábamos tan sorprendidos que no éramos capaces de articular palabra. La mujer pirata nos miró desconcertada:

—Vaya... ¿no quieren hablar?

Y como seguíamos sin contestar, se acercó las manos a la boca y gritó con voz de huracán:

—¡Ustedes! ¿Que si son náufragos? ¿Que si están perdidos?

Pero seguíamos mirándola, con los ojos como platos. Ella, sin cortarse, introdujo dos dedos en su boca, lanzó un agudo silbido y gritó:

—¡Nos vamos! ¡Aquí no nos necesitan! Media vuelta: ¡alzad el ancla! ¡alzad las velas! ¡Deshaced amarras! Todo el mundo en sus puestos, partimos de inmediato.

Y la tripulación se puso a trabajar a toda velocidad.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Espere! —dije, con un hilo de voz—. ¡Espere! ¡Espere!

—Ahhh... ¿pero es que saben hablar? —me contestó—. ¿Necesitan ayuda o no? Porqueee... ¡no me voy a quedar toda la vida contemplando a cuatro tontos! ¿Adónde se dirigen? Nosotros nos vamos rumbo a Europa, tengo unos asuntos que resolver en las costas de España.

—¿A España? ¿A España? ¿A España?

—Sí señora, a España. ¡A las costas de España! Tenemos unos asuntos pendientes, ¿sabe usted? Y voy a arreglarlos. Les divisamos desde lejos y pensábamos que estaban en apuros, pero si no nos necesitan, nos vamos con el barco a otra parte.

—No, no, por favor —¡nos vamos con ustedes! —dije amablemente.

Y conté la historia de nuestro viaje. La capitana Paquita-la-del-puerto contó cómo, al no haber ya sitio para la piratería, hacía unos años que habían decidido cambiar de actividad y ahora se dedicaban a cuidar de las ballenas porque, en una ocasión, una ballena azul les salvó la vida. Ahora quería devolver el favor:





—Nosotros vigilamos, ¿sabe usted? Y en cuanto vemos un ballenero, allá vamos a toda velocidad y gritamos como si fuéramos a abordarles, ponemos cara de malísimos, jajaja... ¡y se asustan tanto que salen corriendo! Y ya está, asunto arreglado. Es un trabajo un poco cansado porque te pasas el día de océano en océano, pero tiene sus ventajas: aire libre, mucha libertad y viajas mucho...

Una vez hechas las aclaraciones, y ante la mirada incrédula del señor Mundo, nos lanzaron una escalera de cuerda y nos invitaron a subir.

—¡Vamos! —les dije a los demás.

Asiri subió, seguido de Cheng, Luna y la rana, pero, para mi sorpresa, el señor Mundo exclamó:

—¡NO! ¡Rayos y truenos!

—¿Cómo que no?

—Pues que no...

—¿Que no qué?

—Pues que yo no me subo a un barco con una capitana...

—¿Quééé? —contestamos todos a la vez—. ¡Pero señor Mundo! Es usted un antiguo y un bobo yyy....



—¡Pues que no subo y no subo! ¡Que las mujeres no saben navegar!

—¿Que yo no sé navegar? —dijo la mujer pirata—. Mire señor de usted-cómo-se-llame, la que no quiere que suba usted, soy yo. No pienso llevarme a un tonto que no se ha enterado de que las chicas y los chicos tenemos los mismos derechos y podemos hacer de todo... ¡Quédese con sus tonterías, que nos marchamos! ¡Hala! ¡Partimos de inmediato!

Fue entonces cuando Asiri se puso de pie en la proa del barco y, ante nuestra sorpresa, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva la capitana Paquita-la-del-puerto!

Y toda la tripulación coreó:

—¡Eo, eo, eo!

Entonces, muy teatral, se quitó el gorro que había llevado puesto todo el viaje y gritó aún más alto:

—¡Soy una niña! ¡Soy una niña! ¡Me llamo Mullu!



—¡Anda la chavalita! —dijo la mujer pirata, muerta de risa.

Cheng pegaba saltitos tirándole de las trenzas...

—Así que Cheng lo sabía —pensé yo— y no se lo había dicho a nadie...

—¡Caracoles y centellas! Pero ¿por qué nos has hecho creer que eras un niño? —gritó el señor Mundo enfadado.

—¡Porque tenía miedo de que no me dejaran ir con ustedes, porque es usted un poco acartonado y todavía no se ha enterado de que las niñas

somos estupendas... Y ¿sabe lo que le digo? Que si usted no sube a este barco, ise está perdiendo muchas cosas, señor Mundo!

Cheng bajó y se acercó: le tiró de la mano y le dijo bajito:

—Señor Mundo, por favor, no sea tonto, ino se quede aquí solo!

—Urréééééééééé —gruñó.

Y así emprendimos viaje hacia tierras españolas. Poco a poco el señor Mundo cambió de actitud y colaboró en las tareas del barco.



Al principio le costaba obedecer a la mujer pirata pero pronto comenzó a admirar sus habilidades con el timón, la brújula y la lectura de mapas. Por el día había mucho ajeteo en el barco. Nos seguían ballenas y delfines que jugaban y silbaban. Por las noches, nos sentábamos en la cubierta del barco a contemplar las estrellas. La mujer pirata y la tripulación intercambiaban historias y leyendas que habían ido recogiendo a lo largo de los viajes.

Siempre terminábamos riéndonos con las ocurrencias de la mujer pirata.

Parecía que el señor Mundo fuera a estallar en cada risotada. Cuando esto ocurría, me gustaba mirarlos.

Un día se desató un huracán. La capitana dirigía las maniobras con dominio, todos corríamos de un sitio para otro, obedeciendo sus órdenes.

—Atad la vela —gritaba, recoged los cabos... ¡Tú!... ¡Ayuda en el timón!

El viento bramaba y las olas eran tan grandes... Parecía que el mar quisiera engullir la embarcación...



De pronto, un rayo rasgó el cielo. En ese instante pudimos ver lo que tanto temíamos: la sombra había vuelto. Yo llevaba la cajita atada a mi cuello. La sombra bajó en picado del cielo. Aterrorizada, intenté huir y corrí al otro lado del barco. Una ola gigantesca saltó a la borda y caí al agua. Pensé que era el fin y que nunca volvería a la escuela. Pero uno de los delfines que nos acompañaban en el trayecto me montó sobre su lomo como a un caballito de mar y me mantuvo a flote.

La sombra, sin embargo, no me había perdido de vista y se lanzó nuevamente sobre mí. Mi corazón latía a mil pulsaciones por minuto. El delfín navegaba a

toda velocidad. Yo iba cogida de su cuello, gritando con cada embestida del mar, intentando no soltarme. Sentía a la sombra a pocos centímetros de mí. El frío que me producía su presencia era mucho más fuerte que las bajas temperaturas del mar. Entonces ocurrió algo que nunca olvidaré: cuando la sombra extendió sus garras para atraparme, en el justo momento en que sentía cómo tiraba de la bolsita de las semillas, una ballena azul emergió del océano. Se abalanzó sobre la sombra y, abriendo la boca, se la tragó de un bocado. Antes de que pudiera darle las gracias, volvió a zambullirse en las profundidades del mar y nunca más volvimos a saber de ella.



La capitana y el señor Mundo se habían arrojado al agua para salvarme. Llegaron a mi lado braceando. Durante los días que siguieron, el viaje prosiguió sin más sobresaltos. Me asomaba todos los días por cubierta buscando a la ballena azul pero ni la tripulación del barco, ni los delfines, ni las ballenas que nos acompañaban volvimos a verla.

Pronto me repuse del susto. En este viaje me había hecho mucho más valiente y, ahora que la sombra había quedado prisionera, todo eran risas y alegrías... Ya no teníamos nada que temer. Estábamos a punto de terminar nuestra misión.

Dos semanas después Mulu, que ocupaba el puesto de vigilancia, gritó:

—¡Tierra a la vistaaaaaaaaaa!

—¡España! —dijo la capitana.

—¿Hemos llegado? ¿Ya? —pregunté con un pellizco en el estómago.

—Así es —contestó la capitana: costas españolas.

El barco nos dejó en un puerto muy cercano a nuestra escuela. Cuando llegamos a la costa, el señor Mundo dijo solemnemente:

—Señora capitana, Paquita-la-del-puerto: he de reconocer que es usted una gran capitana y, aunque me cueste decirlo, yo estaba equivocado.



A lo que la tripulación contestó co-
reando:

—Y olé y olé y olé...

Una vez nos despedimos de la capitana
y de la tripulación, encaminamos nues-
tros pasos hacia la escuela.

Estaba claro que Cheng y Mulu se
quedaban a vivir conmigo. En cuanto
tomaron un baño y ordenaron sus
cosas en su habitación se fueron
corriendo para conocer a los demás
niños y niñas del pueblo.

... Había llegado el momento... Está-
bamos sentados en la puerta de la

escuela, en el mismo lugar en el que
había empezado mi viaje. El otoño
coloreaba las hojas de los árboles. En
el cielo se escuchaban las voces de los
pájaros que emigraban a lugares más
cálidos. El señor Mundo fumaba su pipa
y de vez en cuando murmuraba:

—Um... um, um, um...

No había querido entrar en su casa. En
realidad, yo sentía que había descu-
bierto que pertenecía a todo el plane-
ta... Le miré con afecto y con determi-
nación me volví hacia él:

—Hala, señor Mundo, ya es hora de que
las semillas lleguen al desierto, ¿verdad?



—Ummm, lo sé, lo sé, contestó —dando una gran bocanada a su pipa.

—Pues ino se hable más! —dije, levantándome del suelo—. Tengo miles de cosas que hacer: los niños y las niñas volverán pronto a la escuela, hay que de desempolvar los libros, preparar el huerto, ordenar las historias que han ocurrido en el viaje... Mucho, mucho, mucho que hacer...

Y le entregué las semillas. Colgadas de su cuello tenían un brillo especial.

—¿Cuándo se va? —dije bajito.

—Ahora, señora maestra. Dígalas a Cheng y a Mullu que volveré pronto... ¡Diablo de niña!... ¡Mire que decirnos que era un niño!... Ahhh y dígalas a los vecinos que alquilen mi casa. Si a usted no le parece mal, la próxima vez que venga dormiré en la escuela.

—Pues no me parece mal señor Mundo, ipero tendrá que aprender a tener un poco de orden!

—Bueno, es hora de marcharme, hay mucho que hacer por los cinco

continentes. No podemos descuidar este viejo plantea. Volveré cada cierto tiempo y así les contaré mis aventuras —dijo, dándose unas palmaditas en la rodilla mientras se levantaba de un salto. ¡Estoy listo!

—¡Yo también le escribiré y le contaré las historias de la escuela. Que aquí también ocurren hechos interesantes, no se crea...

Por un instante nos quedamos mirándonos: ¡Qué de cosas habíamos aprendido! ¡Cómo habíamos cambiado los dos!

—Señor Mundo...

—Señora maestra...

El curso comenzó pocos días después. La clase se llenó de la risa de los niños y las niñas. Día tras día, les fui hablando de todo lo que nos ocurrió en aquel viaje. De lo importante que es cuidar el planeta, de la inmigración, de la igualdad entre los niños y las niñas, de la paz, de la cooperación...

Todas las semanas recibimos cartas del señor Mundo en las que nos cuenta sus aventuras. Viaja sin cesar intentando deshacer entuertos y llevar la paz y la justicia a cada rincón de la Tierra. En la última, nos contaba que volverá el mes que viene. Estamos preparando una gran fiesta para su regreso... ¡Y un viaje! Sí, el próximo verano volveremos a partir...

¡Porque en esta escuela no nos vamos a perder nada de lo que pasa por ahí fuera!

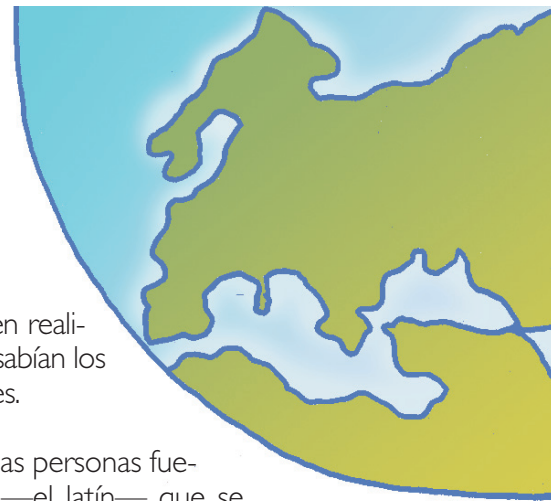


UN CONTINENTE LLAMADO EUROPA



Todas y todos hacemos el mundo

Un lugar llamado Europa



Europa no es un continente como África o América. Europa, en realidad, no es más que una península de Asia. Claro que eso no lo sabían los antiguos, que fueron los que dividieron el mundo en continentes.



En esa península se dan una serie de características comunes: las personas fueron unidas durante muchos años por la cultura y la lengua —el latín— que se hablaba en todo el territorio.



Si miramos el mapa, veremos cómo, a lo largo de la historia, las fronteras han ido cambiando. Europa está delimitada por los océanos al Norte y al Sur y al Oeste... pero si miramos al Este, veremos que algunos países están tan cerca de Asia que bastaría con dar un paso para cambiar de continente. Mira dónde está Rusia... y dónde está Turquía...



¡Eso explica por qué los países que la componen son tan diversos entre sí: grandes llanuras y altas montañas, campos de cultivo y ciudades! ¡Mirad en el mapa qué pequeña es Suiza y qué grande es Alemania! En el norte, hay pingüinos, en el sur nunca cae la nieve. Muchas chicas y chicos del norte son rubios con ojos azules... pero en el sur otros muchos tienen grandes ojos negros y el pelo oscuro.

Hace unos años, después de unas terribles guerras, algunos países de Europa pensaron que juntos y unidos serían más fuertes y todos vivirían mejor. Y nació la idea de una gran comunidad: la Unión Europea. Claro que no se hizo en un día... pero poco a poco se va construyendo y se intenta que los países que más tienen ayuden a los que menos.

Las fronteras han desaparecido y todas las personas que viven en Europa pueden circular de un país a otro y vivir y trabajar en él.



Y este continente sigue creciendo: hoy, muchas personas de África, América o Asia han decidido vivir en Europa. Traen sus costumbres, sus fiestas, sus comidas, sus lenguas. En las escuelas, hay niños y niñas de muchos colores. Europa crece, día a día, y se transforma, gracias a todos y todas en un continente de paz.



LOS CUENTOS DEL SEÑOR MUNDO

Hoy os voy a presentar a una niña muy especial que se llama Saray. Ella os contará un cuento de su pueblo.

Me llamo Saray y soy gitana. Somos un pueblo errante que amamos la vida y la libertad. Hace muchos siglos, comenzamos nuestro viaje en un país llamado India.

Hoy nuestro pueblo habita en muchos lugares del mundo. Yo vivo en Europa, en una aldea rodeada de un gran bosque. Mis mayores me enseñaron que el mundo entero es nuestro hogar y que todos los seres humanos somos una gran familia.

Este es mi cuento:

Cuentan que hace muchos, muchos años, sucedió un hecho insólito que quedó grabado en nuestra memoria.

Viajábamos por el centro de Europa, llevando la alegría y cosas de utilidad a los pueblos del lugar. Por aquel entonces no éramos más de cincuenta y no faltaba ningún oficio entre nuestras gentes. Quien no afilaba cuchillos para la cocina, vendía cachivaches para la casa. Había quien leía el porvenir en las manos y quien sabía de plantas para el dolor de muelas. Cacharrereros, malabaristas, cuentistas y cantores. Un hombre arreglaba relojes y una mujer leía el destino en las cartas y siempre llevábamos mensajes de unos lugares a otros.



Nuestra llegada era recibida con gran revuelo. Todo el mundo salía de su casa y se reunía en la plaza para escuchar qué nuevas traíamos. Se cantaba, se reía y se escuchaban las historias y noticias que llegaban de lejos. Eran buenos tiempos para los gitanos y gitanas.

Años después comenzaron a perseguirnos... pero eso es una historia triste que por el momento no quiero contar.

Un día ocurrió que, como siempre, mis antepasados llegaron con sus cantos y el tocar de las pande­retas y guitarras a una pequeña aldea. ¡Cuál sería su sorpresa cuando nadie, absolutamente nadie, salió a su encuentro! Las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. No se escuchaba ni un suspiro. Parecía que el mundo se hubiera parado. Tan sólo el viento sopla­ba por las calles produciendo remolinos de polvo y paja.

Ante tanto silencio, los gitanos y gitanas se quedaron desconcertados sin saber muy bien qué hacer. De pronto una criatura, pequeña, pequeña como una nuez, se asomó por la rendija de un portón. La niña, con gesto decidido, se dirigió al patriarca. Éste la cogió en su mano y, preocupado, le preguntó qué había ocurrido. Saray contó cómo empezó todo, cuando la panadera le negó un poco de masa al molinero y éste le negó un poco de grano al zapatero, y éste se negó a remendar los zapatos a la campesina, y ésta se negó a dar un vaso de agua al cartero, y éste se negó a llevar las cartas a la maestra y ésta se negó a dar clase, y los niños se negaron a ayudar en los campos...



Y como si de un reguero de pólvora se tratara, la solidaridad desapareció del pueblo. Las gentes se refugiaron en sus casas por temor a la ira de los vecinos y vecinas, y la tristeza se hizo dueña de las calles.

Los gitanos y gitanas, asombrados de lo ocurrido, se sentaron a dialogar y a buscar una solución. Después de mucho deliberar, llegaron a la conclusión de que la solidaridad sólo volvería de la mano de la solidaridad. Así que planearon una gran fiesta a la que invitarían a todos los vecinos y vecinas del pueblo. Cocieron pan, asaron carne, llenaron la calle de farolillos de luz. Al anochecer, todas las calles destilaban júbilo pero seguían vacías. Casa por casa, puerta por puerta, portal por portal, los gitanos y gitanas, acompañados de la niña, fueron llamando por sus nombres a todos los vecinos y vecinas. Poco a poco, las cabezas se asomaron.

Primero con cautela, luego con asombro y, por último, con alegría.

Aquella noche la panadera, el molinero, la campesina, el zapatero, el cartero y la maestra bailaron de la mano al fulgor de la fogata.

Y dicen que una señora contenta y satisfecha, que a todos resultaba familiar, estuvo dando abrazos y besos sin dejar de parlotear.

Era la señora Solidaridad.

Cada noche mi abuela, sentada en la orilla de mi cama, me cuenta este cuento y me susurra: “Eres la hija del bosque y un día volarás con el viento, mi niña gitana, mi corazón errante. Saray”.



LA SEÑORA MAESTRA Y EL LIBRO DE LAS PREGUNTAS

Saray quiere estudiar Medicina en la Universidad. Hoy las niñas y los niños tienen los mismos derechos, pero conseguirlo no ha sido nada, nada fácil. Y aún hoy se sigue trabajando para que todas las niñas vayan a la escuela, para que haya mujeres presidentas, bomberas o lo que quieran ser. Ya sé que tenéis muchas preguntas que hacerme y en seguida os voy a contestar:

¿Los niños y las niñas han tenido siempre los mismos derechos?



Hoy nos parece muy normal que las niñas y niños podáis estudiar, decir lo que pensáis, participar en casa, jugar juntos o soñar cómo seremos cuando crezcamos. Pero no siempre ha sido así. Durante muchos siglos las mujeres y los niños tenían que hacer unas cosas y los hombres y los niños, otras.

¿Desde cuándo van las mujeres a la Universidad?



Hasta hace pocos años las mujeres tenían dificultades para ir a la Universidad. Una de las primeras que pudieron hacerlo en España se llamaba Concepción Arenal y quería ser abogada, y no podía porque era chica. Así que, ni corta ni perezosa, se vistió de chico. Tuvo muchos problemas pero lo consiguió. Lo peor es que alguien se chivó y se armó mucho escándalo. Así detrás de ella se animaron muchas más a estudiar en la Universidad.

¿Tienen las mujeres y las niñas de todos los países los mismos derechos?



Costó mucho que las niñas y las mujeres llegaran a tener los mismos derechos. Incluso hoy, en algunos países, tienen muchas dificultades para ir a la escuela, para que se les reconozca su trabajo, para tomar decisiones o participar en todo lo que les interesa.

¿Por qué se celebra el 8 de marzo el día de la mujer trabajadora?



El 8 de marzo es un día muy especial para todas. Es como celebrar nuestro cumpleaños. En este día recordamos todo lo que hemos hecho a lo largo de la Historia, pensamos en lo que nos ocurre hoy y decidimos cómo queremos que sea el mundo.

¿Las niñas y los niños podemos jugar a lo que queramos?



Claro, las niñas podéis saltar a la cuerda o al fútbol si os gusta, y los niños, a la goma. No hay juegos de niñas y de niños. Hay juegos que te gustan ¡y todo lo demás no importa!

¿Quién tiene que colaborar en casa?



Los chicos y las chicas, porque es importante que todas y todos aprendamos a cocinar, a cuidar la casa, a coser... Sí, sí ¡a coser!... Cuántas más cosas sepamos, más agradable será nuestra vida. Además hay tareas que no son tan divertidas como limpiar la clase o nuestro cuarto, o poner la mesa, hacer los recados, y esto lo debemos hacer entre todos y todas.



COSAS PARA HACER,
DIVERTIRSE Y PENSAR...

I. La historia de mi vida



Vamos a colgar la historia de nuestra vida en una cuerda. Necesitamos hojas, una cuerda y pinzas. Corta la hoja en cuatro y escribe en cada trozo algo importante que te haya ocurrido. Por ejemplo, cuándo empezaste a caminar, cuándo fuiste por primera vez al colegio. Cuelga cada pedacito en la cuerda. ¡Es la historia de tu vida! Ahora visita las historias de la vida de tus compañeros y compañeras. ¿Se parecen a la tuya? ¿Las de los niños y las niñas se parecen?

2. Las cosas que hacemos

Pide en tu casa revistas y periódicos. Recorta las fotografías de los chicos y de las chicas y pégalas en una cartulina. ¿Qué hacen las chicas? ¿Qué hacen los chicos? ¿Son las mismas cosas?

3. Una lista de la compra

Haz una lista de todas las tareas que se hacen en casa y colócalas junto al personaje que suele realizarlas.



4. ¿Y tú de mayor cómo serás?

Dibuja tu retrato y cuéntanos en qué trabajarás, de quién te enamorarás, si vas a vivir aventuras...

5. Había una vez

¿Conoces el cuento de Blancanieves y de la Bella Durmiente? ¿De Caperucita? ¿De la Cenicienta? Dibuja los personajes cambiándolos por chicos. Ahora la bella durmiente es un bello durmiente. La cenicienta es un ceniciento. ¿Qué ocurre ahora en el cuento? ¿Conoces cuentos de otros países que hablen de lo mismo?



6. Lee el poema

Y luego responde a estas preguntas: ¿Te gusta? ¿Sabrías decir por qué? ¿Qué es lo que te parece más difícil de todo lo que dice?

Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber qué hacer,
tener miedo a tus recuerdos.
Queda prohibido no sonreír a los problemas,
no luchar por lo que quieres,
abandonarlo todo por miedo,
no convertir en realidad tus sueños.
Queda prohibido no demostrar tu amor,
hacer que alguien pague tus deudas y el mal humor.
Queda prohibido dejar a tus amigos,
no intentar comprender lo que vivieron juntos,
llamarles sólo cuando los necesitas.
Queda prohibido no ser tú ante la gente,
fingir ante las personas que no te importan,
hacerte el gracioso con tal de que te recuerden,
olvidar a toda la gente que te quiere.
Queda prohibido no hacer las cosas por ti mismo,
tener miedo a la vida y a sus compromisos,
no vivir cada día como si fuera un último suspiro.
Queda prohibido echar a alguien de menos sin
alegrarte, olvidar sus ojos, su risa,
todo porque sus caminos han dejado de abrazarse,
olvidar su pasado y pagarlo con su presente.
Queda prohibido no intentar comprender a las personas,
pensar que sus vidas valen más que la tuya,
no saber que cada uno tiene su camino y su dicha.
Queda prohibido no crear tu historia,
no tener un momento para la gente que te necesita,
no comprender que lo que la vida te da, también te lo quita.
Queda prohibido no buscar tu felicidad,
no vivir tu vida con una actitud positiva,
no pensar en que podemos ser mejores,
no sentir que sin ti este mundo no sería igual.



ALFREDO CUERVO BARRERO



¿SABÍAS QUE...?

Las mujeres, a lo largo de la historia, han hecho cosas muy importantes, pero no siempre se les ha reconocido su valor.

En algunas épocas y en distintas culturas, las mujeres estaban muy consideradas: eran sacerdotisas, se dedicaban a la agricultura y a las hierbas medicinales, recogían semillas y sabían cómo hacerlas crecer, hacían cacharros de cerámica...

Los hombres iban a cazar y ellas sembraban, cocinaban, criaban a los hijos y las hijas y todo eso era muy importante.

Luego se empezaron a construir ciudades y Estados. Al principio las mujeres trabajaban en el campo, en los molinos, cardaban la lana y hasta eran herreras... pero cuando el trabajo empezó a escasear les prohibieron que aprendieran estos oficios y se quedaron trabajando en casa. Aunque hacían muchísimas cosas cuidando de lo importante de la vida, no se las reconocía ni valoraba.

Muchas no estaban conformes y, a pesar de las dificultades, escondiéndose o disfrazándose, llegaron a ser científicas, políticas, pintoras, médicas, escritoras, inventoras... y además no dejaron de dar vida. ¡Bueno, pues hicieron de todo! En muchas ocasiones se unieron para apoyarse unas a otras y para protestar. Así, entre todas, lograron el derecho a votar y los demás derechos.

La verdad es que les debemos mucho a estas mujeres porque consiguieron lo que parecía impensable. Y ya nadie puede decir: ¡Tú no puedes hacer eso porque eres niña o eres niño!



IDEAS SOLIDARIAS

- En el patio dejaremos sitio para que podamos jugar los niños y las niñas. Tenemos que guardar espacio para todos y todas.
- Todos y todas ayudaremos en casa y en el colegio a ordenar y limpiar. ¡Hay que colaborar en lo que podamos!
- Prohibidos los insultos y los empujones. ¡Hay que aprender a explicar lo que nos ocurre y resolver los problemas sin violencia!
- Las chicas son estupendas delegadas. Las chicas y los chicos pueden ser delegadas o jefas de equipo. Hay que aprender a escuchar y respetar la opinión de todos y todas.
- Respetar. Todos y todas somos muy diferentes. Debemos aprender a respetarnos en todo. Cuando una niña o un niño quieren estar en tranquilidad y no jugar o participar debemos respetarlo. Cuando una niña o un niño quieren expresar su opinión debemos respetarlo. Cuando las niñas o los niños se reúnen para conversar o jugar, debemos respetarlos. ¡Aprender a respetarse es aprender igualdad!
- ¡Las chicas tienen la palabra! Invita a tu madre o a sus amigas a contar en clase cómo es su trabajo... ¡verás qué interesante!

La solidaridad

Cuando sientas que todo es muy difícil o te inunde la tristeza,
Cuando se cuele la soledad por tu jersey o tengas miedo en la noche,
Cuando te duela la garganta,
Recuerda que cerca, hay alguien que piensa en ti..
Eso es sentir la solidaridad

Saber que tienes mucho que decir y mucho que hacer,
Sentir que todo lo que les ocurre a los niños y a las niñas te ocurre un poco a ti,
Crear que todo puede cambiar para mejor,
Todo esto, es ser solidario, es ser solidaria...



Continuará...

¿Quieres saber más sobre mi escuela y el mundo?

Visita nuestra web: <http://www.miescuelayelmundo.org>

Y si quieres escribir al señor Mundo, a la maestra Laura, a Asiri, a Cheng, hazlo a:
info@miescuelayelmundo.org

El cuento “El viaje en búsqueda del fuego” es una adaptación del cuento de Carmen Ibarlucea, del libro *Diez cuentos del mundo que ayudan a educarnos*. Hormiga Roja (2004).

El cuento que aparece en el capítulo “Yo también coopero” es una adaptación del libro *Las muchachas del maíz*, de Joan Soler i Amigó, publicado en Cáritas Española.

El cuento que aparece en el capítulo “No quiero guerras” es una adaptación de “Los niños que se convirtieron en estrellas”, de *El libro de los cuentos del Mundo*. Recopilación de Guillermo López. Integral (2002).

El capítulo “Yo no soy racista” está basado en el cuaderno *Por preguntar que no quede: La inmigración y los derechos de los niños y las niñas*. Editado por ISCOD, CIDE y FETE-UGT y la Secretaría General de Inmigración y Emigración: Dirección General de Integración de Inmigrantes. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

El capítulo “Cuido del medio ambiente” está basado en el libro *Tu pueblo es tu planeta*, de Claire Merieau-Sylvie Girardet. Editado por la Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía (1995).

El capítulo “Todas y todos hacemos el mundo” está basado en el cuaderno *Por preguntar que no quede: Nosotras creamos mundo*. Editado por el Instituto de la Mujer, ISCOD, CIDE y FETE-UGT

El cuento que aparece en este capítulo se toma prestado del libro *Cinco cartas, cinco continentes*. Editado por FETE-UGT y el Ayuntamiento de Alcobendas.

Las pequeñas cosas

Son cosas chiquitas.
No acaban con la pobreza,
no nos sacan del subdesarrollo,
no socializan los medios de producción y de cambio,
no expropian las cuevas de Alí Baba.
Pero quizá desencadenan la alegría de hacer,
y la traduzcan en actos.
Y al fin y al cabo,
actuar sobre la realidad y cambiarla
aunque sea poquito,
es la única manera de probar
que la realidad es transformable.

EDUARDO GALEANO

A las maestras y maestros del mundo
que trabajan por la paz

A las niñas y los niños del mundo
que buscan la paz.

